

Universidad Nacional de General San Martín

Instituto de Altos Estudios Sociales

Maestría en Sociología de la cultura y análisis cultural

La patria futbolística.

Fútbol y narrativas nacionales en la Argentina

Tesista: Pablo Alabarces

Director: Eduardo Romano

Buenos Aires, octubre de 1999

PRÓLOGO: RAZONES	4
I. INTRODUCCIÓN	7
1. Fútbol y patria: El fútbol como máquina cultural	7
2. Caminos	10
II. UN ESTADO DE LA CUESTIÓN	16
1. Deporte, nación y clase	16
2. Nacionalismo y deporte: otras entradas	20
III. FÚTBOL Y NACIONALISMO EN LA ARGENTINA: UNA HISTORIA	27
1. Fundaciones	27
2. Alteridades	35
3. Apropiaciones	39
4. Conciliaciones y panteones: la patria deportiva	47
Próceres populares: una lectura de la historia	49
Igualitarismos	56
5. Modernidades	59
Mundiales	62
Ficciones	75
IV. MARADONISMOS Y POSMARADONISMOS	81

Un mapa de la complejidad: la crisis de las identidades futbolísticas.....	87
Fútbol tribal	93
V. CONCLUSIONES: ¿LA VIDA POR BATISTUTA?	97
VI. BIBLIOGRAFÍA	104

PRÓLOGO: RAZONES

Este trabajo nace de una incomodidad. No foucaultiana, no de la risa ante una clasificación que no se puede entender, donde el pensamiento cede. Sí más doméstica, que al momento de escritura se vuelve central y urgente. La incomodidad es con el chauvinismo rampante y con el nacionalismo futbolizado que ocupó los espacios massmediáticos durante el pasado Campeonato Mundial de fútbol en Francia, en julio de 1998. Su centralidad consiste en asistir, mientras escribo esto, a la primera guerra europea desde 1945, guerra que todos los análisis, más finos o más groseros, se empeñan en relacionar con reivindicaciones nacionales, independentistas o autonómicas, irredentistas o posmodernas. Pero siempre escudadas detrás de la forma nación. Y la relación entre la incomodidad, más vinculada al grotesco criollo, y la centralidad, donde el grotesco puede revestirse de tragedia, me lleva a este trabajo.

No es en el espacio del fútbol únicamente donde el neo-nacionalismo —por llamarlo, provisoriamente, de alguna manera que lo diferencie del nacionalismo que construyó las naciones modernas o que lideró los movimientos anticolonialistas y antiimperialistas de décadas pasadas— se enseñorea rampante. En un reciente artículo en el diario *Clarín* de Buenos Aires, Marcos Meyer vincula este resurgimiento con una esfera cultural más amplia, donde tanto la grabación de canciones patrióticas destinadas a castigar nuevas generaciones de niños con las gestas heroicas, como las andanzas de la ninfa de Arequito, *née* Soledad Pastorutti, ocupan su lugar. En todos los casos, incluyendo el futbolístico, Meyer acierta en señalar la alianza propuesta: un nuevo nacionalismo de mercado.

La publicidad de papas fritas protagonizada por Verón buscaba, en una alianza que revelaba desde el principio su misma imposibilidad, traer la idea de patria a los modos de funcionamiento de la sociedad de consumo. Intento fracasado, pero que apuesta sus fichas a una posibilidad todavía dudosa: la persistencia de la nacionalidad dentro de los términos de la globalización (Meyer, 1999: 2).

Y ése es, fundamentalmente, el núcleo buscado: la persistencia de la nación en la globalización, echando mano de una práctica cultural que se globaliza —como ninguna, podría decir— y al mismo tiempo radicaliza su tribalismo, o su localismo, o su nacionalismo. La discusión de los grados en esta enumeración caótica es parte de este trabajo.

Pero este trabajo no quiere ser un estudio sobre fútbol. Pretende, aún en la omnipresencia del objeto, narrar otros problemas, dirigir la mirada hacia un nudo desplazado. Sostener el fútbol como mediador, no como objeto del deseo.

Como trataré de argumentar, en torno del deporte se pueden formular hoy algunas de las preguntas centrales de nuestro mapa cultural. Cuando se interroga el escenario del fútbol (objeto privilegiado de los estudios culturales del deporte) no se preguntan banalidades, como el muro de discursividad especializada o cotidiana se empeña en demostrar. Y sin transitar las remanidas metáforas *reflejistas* (aquellas que creen que el deporte es una superficie transparente y que sin embargo refleja, inusitado milagro de la óptica), sino entendiendo al fútbol como lugar en torno del cual se construyen identidades e imaginarios, como una arena dramática casi sin equivalentes, como espacio ritual de masas por excelencia en la Argentina del presente; en esa focalización, las preguntas son las del análisis cultural contemporáneo. En particular, este trabajo comenzó interrogándose por las culturas populares. Y preguntarse por

las culturas populares es preguntarse por la construcción democrática, por el mapa cultural, por los cambios en la socioesfera contemporánea, por la manera en que la rápidamente llamada etapa posmoderna de la cultura reformula, rearma los modos de la sociabilidad, desde las identidades locales hasta las nacionales; es preguntarse si una presunta disolución de la categoría correspondía al momento llamado *globalización*, en que las culturas populares se disolvían en una nueva homogeneidad sin conflictos aparentes.

Esos mismos temas son los que aparecen en este trabajo.

I. INTRODUCCIÓN

1. Fútbol y patria: el fútbol como máquina cultural

Cuando el Campeonato Mundial de Fútbol de 1998 desplegaba todas sus pompas, sus chauvinismos, sus espectacularismos, su televisibilidad, apareció en el diario *Perfil* de Buenos Aires una columna de Beatriz Sarlo titulada “Una comunidad llamada Nación” (Sarlo, 1998a). En él Sarlo anticipaba algunos de los argumentos que quiero retomar: básicamente, esa función de relevo que el fútbol parecía cumplir respecto de las mitologías e instituciones que habían construido, históricamente, una “identidad nacional” argentina —siempre recordando el grado de provisoriedad, inestabilidad, no-esencialidad de esa construcción discursiva—. ¹ Sarlo recuerda que, trabajosa y muchas veces autoritariamente, nuestra sociedad había construido la

¹ Participo de la definición de la identidad como un artefacto cultural, una construcción, no esencialista ni vinculada a razones estructurales, fuertemente tramada en una dialéctica identidad/alteridad, y en muchos casos etnificada o incluso racificada como parte de operaciones políticas de constitución de sujetos y entidades. Para una definición de “identidad nacional” en relación con “carácter nacional” (y una explicación de su éxito como categoría), ver Anderson, Perry, 1991. En relación con los procesos de etnificación y racificación de las identidades nacionales, Balibar y Wallerstein, 1991.

“comunidad imaginada” de la que habla Benedict Anderson (1993) en torno de ciertas mitologías básicas:

“Como sea, había Nación. Los argentinos se identificaban con una serie de proposiciones que tenían mucho de mitológico pero también eficacia aglutinadora: frente a la Europa de posguerra, éste era el país de la abundancia, donde se comía como en ningún otro lugar de la tierra; frente al resto de América Latina, éste era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y libros, de la plena alfabetización y del pleno empleo” (Sarlo, 1998a: 3).

Pero a mediados de los sesenta, ese imaginario comienza a deteriorarse aceleradamente, por el fin del proyecto industrialista —y especialmente, por el surgimiento de Brasil como potencia industrial latinoamericana—; por el desprestigio institucional, producto de los golpes de Estado y de la debilidad de nuestras democracias; por la violación sistemática de los derechos ciudadanos, hasta el atropello masivo de los derechos humanos más elementales durante la última dictadura. Y especialmente la crisis de la escuela pública “... que es una crisis cultural y de financiamiento, puso en discusión nuestro lugar como nación culta” (*idem*); finalmente, “el último giro neoliberal liquida las bases de la ciudadanía social universal y garantizada por el Estado” (*ibidem*).

El cierre del artículo de Sarlo retoma la argumentación sobre el fútbol, en la clave que estoy proponiendo:

“Queda bastante poco de lo que la Argentina fue como nación. Las instituciones que producían nacionalidad se han deteriorado o han perdido todo sentido. Pasan a primer plano otras formas de nacionalidad, que existieron antes, pero que nunca como hoy

cubren todos los vacíos de creencia. En el estallido de identidades que algunos llaman posmodernidad, el fútbol opera como aglutinante: es fácil, universal y televisivo. No es la nación, sino su supervivencia pulsátil. O, quizás, la forma en que la nación incluye hoy a quienes, de otro modo, abandona” (*ibidem*).

En ese mismo 1998, la aparición de un nuevo libro de Sarlo me sugiere una nueva línea de argumentación. El libro se titula *La máquina cultural* (Sarlo, 1998b), y en él se revisan tres instancias de lo que, según la autora, constituyen distintas “máquinas culturales” que han funcionado, con mayor o menor eficacia a lo largo de la historia argentina, con mayor o menor intensidad o explicitación, como operadores de nacionalidad. La revisión del caso de una directora de escuela pública argentina en los años 20, de la gigantesca operación de traducción de Victoria Ocampo entre los 30 y los 50 en la revista y editorial *Sur*, y de una experiencia de cine de vanguardia en los 60, le permite postular los variados funcionamientos que en distintos momentos de la cultura adquieren operadores clásicos de producción —imposición, consolidación, reproducción— de imaginarios.

No me interesa revisar aquí la manera en que Sarlo analiza esos funcionamientos, la performatividad de esas operaciones (más fuertes o más débiles según el caso). Sí quiero retomar la metáfora: ¿puede proponerse al fútbol, en la línea que estoy sugiriendo, como una *máquina cultural posmoderna*? En los ejemplos de Sarlo, la escuela, la traducción cultural y la vanguardia trabajan como instituciones modernas; se podría agregar el sindicalismo, la política, el universo del trabajo, la clase. En los nuestros, se puede postular la posibilidad de una operación de homología, un desplazamiento que es de grado y es temporal. Como analizaremos más adelante, la utilización del fútbol como máquina cultural productora de nacionalidad no es reciente sino que arranca en los años 20, de manera contemporánea a la máquina escolar. Pero la diferencia de grado radica en su centralidad: el fútbol no constituye,

en ese entonces, ciudadanos nacionales con la misma eficacia, intensidad y prevalencia simbólica que la escuela pública —se podría agregar: también con menos autoritarismo—. ¿Hasta hoy? ¿Se puede afirmar que esa relación se ha invertido exactamente? Incluso: ¿puede afirmarse que la capacidad del fútbol para imponer los significados nacionales trabaja, a su vez, con similar autoritarismo al de la vieja escuela pública, gracias a su mediación/imposición televisiva, a su expansionismo indetenible que parece no dejar resquicios en la superficie discursiva de nuestra sociedad?

Sobre esa metáfora trabajan estos argumentos. Intentamos desarrollar una doble hipótesis: por un lado, que la construcción de identidades (históricamente masculinas, pero hoy también femeninas) en la Argentina están atravesadas por el fútbol como factor aglutinador primario. A la vez, que esas identidades juegan hoy en una tensión entre procesos de tribalización fragmentadora y la construcción de una representación nacional; porque, a pesar de una historia identitaria donde el fútbol funcionó como operador de nacionalidad, como constructor de narrativas nacionalistas, esa representación parece no exceder actualmente el nivel de su postulación massmediática, en tanto la radicalidad de los fenómenos de tribalización dificulta la re-asunción de la referencia nacional.

2. Caminos

Esta tesis se pretende como un trabajo de análisis cultural. Porque define como objeto una zona —que entiende privilegiada— de la cultura contemporánea, porque intenta producir hipótesis que interpreten esa cultura —en algunas de sus partes, pero con pretensiones de

totalidad—, porque trabaja sobre textualidades y utiliza metodologías específicas de este tipo de interpretación. Para ello, dos son los caminos que propongo: primero, una descripción y análisis sobre la serie histórica, que permitan respaldar las lecturas sobre la contemporaneidad; segundo, la utilización como corpus de múltiples textualidades.

La petición histórica es central: entiendo con Williams que “parece ser que cualquier sociología de la cultura apropiada debe ser una sociología histórica” (Williams, 1982: 31). No hay manera de entender el objeto propuesto sin atender a los modos como se fue constituyendo, en su doble juego de práctica autónoma —el surgimiento de un “campo deportivo”, en términos de Bourdieu (1994)— y de argumento de nacionalidad, como intentaremos demostrar. Si el fútbol funciona como máquina cultural, como soporte y argumento de una identidad nacional, entiendo con Archetti que “la identidad étnica o nacional está ligada a prácticas sociales heterogéneas (guerra, partidos políticos, ideologías, la naturaleza del Estado, libros de cocina, o deporte) y producidas en espacios y tiempos discontinuos” (Archetti, 1994b: 239). La discontinuidad temporal, entonces, se repone en el análisis histórico.

Pero no lineal: mi argumentación avanza por saltos, a partir de definir una serie de nudos que entiendo centrales, que suponen una periodización provisoria del fútbol argentino. Ellos son: la fundación mitológica del fútbol (contemporánea con una —re—fundación mitológica de la Nación); el profesionalismo y la popularización extendida; el peronismo y el primer estatismo deportivo; la crisis de las narrativas futbolísticas contemporánea del desarrollismo; el neo-esencialismo de la dictadura 76-83; el ciclo maradoniano; la contemporaneidad. De estos siete bloques, que entiendo permiten la articulación de un relato extendido, el menos desarrollado es el sexto, la que llamo “etapa maradoniana”, de la que sólo señalamos algunos apuntes por una doble razón: es al mismo tiempo un foco que habilitaría un trabajo autónomo en sí mismo, y es la mejor trabajada por la bibliografía.

A su vez, volviendo a la cita, la heterogeneidad de las prácticas nos conduce al segundo camino señalado: Archetti sostiene en *Masculinities* (1999) que una etnografía de sociedades modernas (como la que propone realizar en la “invención” de una masculinidad argentina) exige una atención múltiple sobre textualidades diversas. Lejos de la etnografía clásica, las sociedades modernas —por ende, letradas y complejas— se leen en soportes disímiles: lo oral, pero también lo escrito y lo televisivo. Como argumentamos más arriba, este trabajo no se propone como una etnografía, sino como un análisis cultural. Pero la petición de Archetti es igualmente válida. Tanto en la lectura histórica como en el análisis contemporáneo debí utilizar materiales diversos, convocados en función de su mayor utilidad relativa en cada momento del trabajo. Rápidamente: si la documentación y las fuentes históricas son privilegiadas en el análisis de los momentos fundacionales de la formación analizada, el cine ocupa ese lugar en la lectura de los años 30 a 70, para dejar lugar a textos massmediáticos (gráficos y televisivos) y la oralidad más clásicamente etnográfica en la contemporaneidad. Se combinan entonces en este trabajo la utilización de investigaciones de carácter histórico —los trabajos de Archetti y Julio Frydenberg sobre la fundación del fútbol argentino, o de Raanan Rein y María Graciela Rodríguez sobre la relación entre peronismo y deporte—, la investigación propia sobre fuentes documentales periodísticas en los años 60, un extenso trabajo de análisis sobre periodismo gráfico y televisivo —y sobre varias ficciones— en el último lustro, junto a los datos extraídos de la observación participante y las entrevistas realizadas con hinchas militantes de fútbol argentino en los últimos cuatro años, producto de mi trabajo de investigación en la Universidad de Buenos Aires. Y además, de manera importante, el cine.

En el análisis cultural el cine es una textualidad privilegiada. Una mirada atenta a las maneras como se construyen los sentidos sociales sabe que el cine es uno de sus modos de circulación más importantes durante este siglo. Aún a pesar de su desplazamiento por la

televisión, el cine continúa siendo un espacio importante de la construcción de imaginarios. Cuando trabajamos con perspectivas históricas, y especialmente cuando analizamos mapas culturales entre los años 30 y 70, su centralidad es manifiesta.

El análisis cultural de los textos filmicos exige una mirada sobre la especificidad del lenguaje cinematográfico, pero también precisa de la lectura de los filmes como indicios que permitirían la relación con la historia cultural. Mediado por un lenguaje con sintaxis y semanticidad muy específica —como todo lenguaje— el análisis del cine como objeto cultural no admite ninguna falacia representacionista: la vida sigue transcurriendo fuera de la pantalla, y es en su modo de puesta en escena, en aquello que se imagina, donde debemos poner énfasis. Si entendemos el cine como constructor de imaginarios, ese valor de simbolicidad debe desplazar el referencialismo: el cine imagina, sueña, postula. No refleja. En muchos casos, el tamaño del desvío respecto de la historia es lo que cuenta; el cine permite analizar lo que determinados sectores históricos de una sociedad en un momento dado *desean*, no lo que *viven*. O, mayor mediación: el cine puede señalar lo que ciertos sectores de una sociedad *desean-que otros-imaginen*.

En el caso que nos ocupa, hay dos zonas a explorar. La primera: ¿Cuál es la historia del cine y el deporte? Zonas paralelas de la industria cultural, motores fundamentales de la producción de imaginarios e identidades, en estos cien años se han cruzado más de una vez, no demasiadas con fortuna. Como señala Jim White (1999), la ficción se ve debilitada frente a la capacidad dramática del deporte real; el suspenso de una definición por penales no puede reproducirse, no sólo por la previsibilidad que cualquier espectador medianamente entendido repone (siempre se sabe quién gana, y son los buenos), sino porque internamente ese espectador entrenado no puede olvidar que, si el protagonista falla el tiro decisivo, el director ordenará otra toma, hasta la conversión. Pero más interesante es la posibilidad que arriesgo, que pretendo: ¿cómo ha narrado el cine una historia del deporte y la sociedad? O aún: ¿puedo

narrar una historia del deporte y la sociedad a través de —cierto— cine? Este trabajo sostiene una respuesta afirmativa: al menos entre los años 30 y 70, a través de ciertos textos seleccionados de forma no aleatoria, sino a partir de la manera en que permiten reconstruir esa historia cultural mayor que los contiene. No hay aquí una “aplicación” cinematográfica de la metodología de Auerbach en su *Mimesis*; pero sí, al menos, aletea su espíritu:

“El método de la interpretación de textos deja a discreción del intérprete una cierta libertad: puede elegir y poner el acento donde le plazca. En todo caso, lo que el autor afirma debe ser hallable en el texto. Mis interpretaciones están dirigidas, sin duda alguna, por una intención determinada, pero esta intención sólo ha tomado forma paulatinamente en contacto con el texto, habiéndome dejado llevar por éste durante buenos trechos” (Auerbach, 1975: 224).

La segunda zona a explorar es más específica. En el funcionamiento del cine latinoamericano, hay una tarea central que desarrolló, especialmente, entre los 30 y los 60: la reposición de un discurso unitario, una ficción de la Nación. Especialmente en naciones de integración débil, con menor presencia de un Estado central en todo el territorio (el caso de México, Colombia o Brasil), pero también en aquellas donde a pesar de esa presencia del Estado las narrativas nacionales pueden encontrar otros soportes —el caso de la Argentina. El discurso de lo nacional circula, en América Latina, por diversos soportes, por diversos actores institucionales, estatales y paraestatales. El cine es también, entonces, en la línea que venimos siguiendo, una *máquina cultural*, un productor de significados nacionales. Igual que la escuela del Estado, la biblioteca pública, el servicio militar, la literatura, la prensa de masas. En Latinoamérica, donde la tasa de escolarización y el alfabetismo son menores, el peso de los discursos audiovisuales del cine fue mucho mayor. Sin que eso implique compartir la tesis de

Brunner de una “modernidad ágrafa” latinoamericana, por eso mismo frustrada (1989); de la misma manera, debe señalarse la diferencia del caso argentino, donde la alfabetización fue más rápida, anterior y extendida. Por ello es que el cine no puede convertirse en “centro luminoso del análisis”, parafraseando a de Certeau (1996); debe convivir, cruzarse en el análisis con la textualidad múltiple que reivindicamos.

Que es una textualidad especialmente ficcional: cinematográfica, literaria o televisiva, siempre leída como ficción, permanentemente atento al peligro referencial. Si, como reivindicué, la preocupación de base de mi trabajo son las culturas populares, encuentro que las ficciones massmediáticas (o las de un escritor atravesado por las condiciones de producción massmediáticas, como es el caso de Roberto Fontanarrosa) se convierten en un soporte fundamental de las narrativas de la nacionalidad entre las clases medias y populares desde comienzos de siglo. Pero las transformaciones (paralelas y cruzadas) del espacio massmediático y de los públicos de masas me exigen, nuevamente, la variabilidad de los textos elegidos: son gráficos hasta los años 30, son cinematográficos hasta los 70, son especialmente televisivos en la contemporaneidad. No sólo por el desplazamiento que opera la televisión; también porque casi no hay ficciones cinematográficas deportivas en los últimos veinte años en la Argentina. Un único soporte está ausente de mi selección: la radio, básicamente por la casi imposibilidad de acceder a su textualidad histórica.

Como se verá en nuestro análisis, esta multiplicidad textual supone una lectura zigagueante, que entra y sale de los textos, que busca construir mapas más amplios, que pretende, antes que agotar un único foco sobre un único relato, reponer una complejidad que el tiempo real —que nuestra intención de trabajar sobre el tiempo real— continúa transformando incesantemente.

II. UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

1. Deporte, nación y clase

Hace varios años Archetti proponía, partiendo de la ya citada definición de nación como comunidad imaginada,² la revisión de los operadores de nacionalidad: si la comunidad es la posesión de un lenguaje, no de una sangre —hipótesis etnificada—,

Debe haber también algún terreno común inherente a las ideologías nacionalistas, además al del lenguaje. Debe haber una historia, en el sentido de una tradición, de eventos, símbolos y ceremonias que sean vistas como la realización y la representación

² La noción de *comunidad imaginada*, ya citada en este trabajo, funciona casi como sentido común, en los estudios sobre nacionalismo y también en aquellos referidos a nacionalismo y deporte. Sentido común del que este trabajo también participa. No creo que valga la pena, de aquí en más, volver a señalar su reaparición. Pero tampoco olvidar la observación de Etienne Balibar: "*Toda comunidad nacional, reproducida mediante el funcionamiento de instituciones, es imaginaria, es decir, reposa sobre la proyección de la existencia individual en la trama de un relato colectivo, en el reconocimiento de un nombre común y en las tradiciones vividas como restos de un pasado inmemorial (aunque se hayan fabricado e inculcado en circunstancias recientes). Esto viene a significar que sólo las comunidades imaginarias son reales, cuando se dan determinadas condiciones.*" (Balibar, 1991: 145)

de una colectividad sólida e indiferenciada. Un segmento de la población —elites nacionalistas organizadas, o militantes nacionalistas individuales— deben generar ideas e implementar acciones que, a través del tiempo, permanezcan para toda una nación. Una nación origina tanto “mitos fundacionales” como héroes concretos. Sin embargo, la conciencia nacional debe ser elaborada y reproducida a través de diferentes prácticas en “tiempos normales”. La educación parece ser una arena preferencial para el adoctrinamiento nacional (la forma más avanzada del “capitalismo impreso”). Sin embargo, el nacionalismo es generado en muy diferentes pautas sociales y, creo, localizado en contextos menos institucionales. En esta dirección, el deporte moderno en la era de las competencias internacionales ha creado una arena particularmente privilegiada para el análisis de una retórica “de género” del nacionalismo (Archetti, 1994b: 225-226).³

El fútbol (y otros deportes, en los casos en que éste no ocupa el lugar central) no sería sólo un ritual de afirmación de una nacionalidad previa, sino también un constructor, uno de los operadores de fabricación de la comunidad, como una poderosa “tradición inventada”. Archetti sigue a Hobsbawm al afirmar que las ocasiones en que las personas se vuelven conscientes de la “nacionalidad” o de la “ciudadanía” permanecen, en muchos casos, asociadas con símbolos y rituales que son nuevos e inventados: “El deporte ofrece este contexto performativo cuando equipos que representan ‘naciones’ compiten en ceremonias bien organizadas, adornadas con banderas nacionales e iniciadas con la música de los himnos nacionales” (idem: 234).

³ La referencia a una retórica vinculada con el género radica en que, como dice Archetti, “la comunidad imaginada de Anderson sólo imagina hombres” en su repertorio de actores (Archetti, 1994b: 225).

Esa especial eficacia pragmática del deporte es señalada por Hobsbawm en más de una oportunidad. En *Naciones y nacionalismos...*, apunta que

Lo que ha hecho del deporte un medio tan singularmente eficaz para inculcar sentimientos nacionales, en todo caso para los varones, es la facilidad con que hasta los individuos menos políticos o públicos pueden identificarse con la nación tal como la simbolizan unas personas jóvenes que hacen de modo estupendo lo que prácticamente todo hombre quiere o ha querido hacer bien alguna vez en la vida. La comunidad imaginada de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos. El individuo, incluso el que se limita a animar a su equipo, pasa a ser un símbolo de su nación (Hobsbawm, 1991: 152-153).

Lo que constituye una novedad en el análisis de Hobsbawm (no retomado en otros estudios del tema) es la característica de ser un fenómeno originalmente ligado a las clases medias. En *The invention of tradition*, Hobsbawm afirma que estas clases encontraban “inusualmente difícil la identificación subjetiva en un grupo”, en tanto no constituían una minoría capaz de establecer una membrecía virtual de alcance nacional (por ejemplo, la de egresados de Cambridge y Oxford), “ni suficientemente unida por un destino común y una solidaridad potencial, como los trabajadores” (1983: 301). Así, el amateurismo en el deporte aparece como un mecanismo de segregación entre las clases medias y sus “inferiores”, tan eficaz como el “estilo de vida”, la “respetabilidad” y la segregación residencial. De la misma manera los símbolos nacionalistas externos permitieron el establecimiento de un sentido de pertenencia conjunta. La nueva clase media encontró así más fácil reconocerse colectivamente a sí misma como la clase patriótica por excelencia.

De esta manera, el crecimiento de una cultura deportiva obrera se desarrolla especialmente al mediar un mecanismo de apropiación de prácticas de las clases superiores (el fútbol es el mejor ejemplo) más que en el desarrollo de prácticas plebeyas:

Mientras varias de estas prácticas fueron formalmente diseñadas como repertorios de una conciencia de clase —el Primero de Mayo entre los trabajadores, la reaparición o la invención del traje campesino “tradicional” entre los campesinos (*de facto* los más ricos)— un gran número no estaban tan identificadas en teoría, y en efecto muchas fueron adaptaciones, especializaciones o conquistas de prácticas originalmente iniciadas por estratos sociales más altos. El deporte es el ejemplo obvio. Desde arriba, la línea de clase se dibujaba aquí de tres maneras: manteniendo el control aristocrático o de la clase media de las instituciones de gobierno; por exclusividad social; o más comúnmente, por el alto costo o la escasez del equipamiento necesario (canchas de tenis reales); pero sobre todo por la rígida separación entre amateurismo, el criterio del deporte entre los estratos superiores, y profesionalismo, su corolario lógico entre las clases bajas urbanas y las clases trabajadoras. Los deportes específicos de clase entre los plebeyos se desarrollaron raramente de manera conciente. Cuando esto ocurrió, se produjo por apropiación de ejercicios de las clases superiores, expulsando sus practicantes originales, y desarrollando entonces un conjunto específico de prácticas sobre una nueva base social (la cultura del fútbol) (*idem*: 305-6).

Como intentaremos describir, este mecanismo parece bastante similar en el caso argentino.

2. Nacionalismo y deporte: otras entradas

Las relaciones entre el deporte y el/los nacionalismos, principalmente a través de la mediación de la categoría de identidad —desde la local a la nacional—, ha sido abundantemente trabajada en la bibliografía sociológica, histórica y antropológica. Las importantes compilaciones de Lanfranchi (1992), Giulianotti y Williams (1994) y Sugden y Tomlinson (1994) ofrecen el material más importante. La edición de Lanfranchi presenta un carácter pionero, ya que se organiza a partir de una conferencia “iniciática” desarrollada en Florencia en 1990, desde una convocatoria de la Comunidad Europea (y que se inscribe en el creciente flujo de fondos destinados a la investigación sobre violencia luego de la masacre de Heysel, en 1985).⁴ La convocatoria europea —rasgo, por otro lado, predominante hasta años recientes— sesga la elección de los casos a analizar, los que además recorren —característica de los trabajos pioneros— casos y análisis, así como metodologías y proveniencias disciplinares, muy disímiles. Se trabaja en las identidades locales (por ejemplo, Marsella o Nápoles), los héroes nacionales (Stanley Matthews en el caso inglés), las historias de construcción de identidades y estilos (franceses o italianos).

Esta característica multidisciplinar reaparece en la compilación de Giulianotti y Williams. La remisión del subtítulo (*Football, identity and modernity*) concentra el análisis en las identidades construidas en relación con el fútbol, y propone la aparición de la categoría de modernidad como pertinente para la discusión. Si bien las identidades trabajadas son nuevamente, en su

⁴ Es el nombre de un estadio cercano a Bruselas donde se jugó la final de la Copa Europea de Clubes de ese año, entre Liverpool y Juventus. Antes del partido, los *hooligans* ingleses causaron más de treinta muertos entre los hinchas italianos.

mayoría, locales o regionales —al igual que en la edición de Lanfranchi— la compilación avanza sobre el tratamiento de casos nacionales, como el artículo de Archetti que hemos citado sobre el caso argentino, o el de Blain y O'Donnell sobre el caso italiano. La modernidad aparece como constante: se trata, desde el nivel local al nacional, de identidades modernas, es decir, sólo posibles con la aparición del Estado-Nación.

El mismo ordenamiento en torno a casos siguen Sugden y Tomlinson, al trabajar sobre el eje de la Copa del Mundo de 1994 en USA; ordenan su edición en torno a “delegaciones” nacionales, en tanto ése es el nivel de representación que se disputa. La originalidad consiste en la elección del argumento mundialista como excusa compilatoria, lo que facilita la presentación (no siempre feliz) de discusiones sobre las representaciones nacionales a través del fútbol. El argumento base lo proveen los compiladores, al afirmar, en las mismas líneas que venimos siguiendo,

Los deportes son a la vez triviales y serios, poco importantes o de mucha significación simbólica. La derrota en básquetbol o en fútbol no son en un sensible sentido de la palabra, trágicas, sin embargo pueden tener consecuencias que pueden ser vistas como tales; siempre hay otro tiempo, en el ciclo épico de una contienda deportiva, sin embargo la emoción de un encuentro deportivo y su resultado pueden significar profundamente la falta de valores culturales. Los deportes en muchos casos alimentan la memoria de las comunidades y ofrecen una fuente de identidades colectivas y expresiones comunitarias para aquellos que siguen a equipos e individuos. Contemporáneamente los deportes son además, mucho más que antes, una lucrativa industria mundial, a menudo desarrollada en relación tensa con un modelo de deporte que hace hincapié (ya sea en niveles políticos o educacionales) en los aspectos de la moral y la formación del carácter (Sugden y Tomlinson, 1994: 3).

Un sustrato común a estas ediciones es el hecho de estar fundamentalmente ligadas a la sociología, la historia y la psicología social (con el agregado 'exótico' —y valioso— de la mirada del geógrafo John Bale). La excepción antropológica está constituida por el trabajo de Archetti (que publica en las tres ediciones citadas), aunque parece más vinculada a su condición de único especialista latinoamericano que a su disciplina. Sin embargo, y de manera temprana, estas problemáticas fueron abordadas desde la antropología con la ayuda inestimable de la categoría de *ritual*; esta tendencia puede verse claramente en la aislada, temprana y fundacional compilación brasileña de 1982, de la que conozco el trabajo de Arno Vogel (Vogel, 1982). En éste, centrado en el análisis de los comportamientos visibles en la sociedad brasileña durante las Copas Mundiales de 1950 y 1970, pueden advertirse dos componentes centrales de su enciclopedia: las obras de Clifford Geertz y Roberto Da Matta. El primero reaparecerá persistentemente en los estudios de este tipo, desde su clásico "Deep play", de 1972 (Geertz, 1987), donde la capacidad del juego para investirse de representaciones complejas y relevantes es finamente analizada. La obra de Da Matta que Vogel recupera no es estrictamente deportiva, pero en su análisis de la cultura brasileña y en el uso agudo de la categoría de ritual como medio de aproximación a su estudio se sientan las bases teóricas y metodológicas que informarán buena cantidad de estudios posteriores (Da Matta, 1979; 1987).⁵ El trabajo de Vogel se subtitula "Apuntes sobre fútbol y el ethos nacional"; el análisis del fútbol como ritual de masas permite hipótesis respecto del ethos de una sociedad, señalando en consecuencia una posibilidad de sentido del fútbol que excede las reducciones banalizadas. En la misma serie, uno de los pocos trabajos de Eduardo Archetti publicados en la Argentina, su "Fútbol y ethos" (Archetti, 1985) plantea la misma posibilidad, pero centra el

⁵ Puede verse en Canclini (1991) una buena síntesis de la importancia y pregnancia de los trabajos de Da Matta.

análisis en torno de un imaginario masculino argentino que, en trabajos posteriores —a los que luego haremos referencia—, intentará deconstruir desde su momento fundacional.

En dos compilaciones más recientes, MacClancy (1996) y Mangan (1996) centran los planteos nuevamente en torno del análisis de casos nacionales o sub-culturales. En el caso del primero, se pasa revista a distintos ejemplos provenientes de naciones europeas, con la excepción nuevamente de los trabajos de Archetti (que presenta el caso argentino, pero recortado en su relación con un “imaginario de lo europeo”) y de Joseph Arbena, que desarrolla de manera amplia y general el nacionalismo deportivo en América Latina. Arbena señala la contradicción inherente al hecho de que la construcción de imaginarios nacionales se desarrolle sobre la base de prácticas inventadas en los centros metropolitanos (Inglaterra, pero también USA):

“Que el deporte haya contribuido significativamente y únicamente a la construcción de una identidad nacional cohesiva —a la construcción de ‘naciones’— parece cuestionable en cualquier contexto amplio; no ha removido completamente algunos de los sentimientos de debilidad, dependencia, e incluso inferioridad en la región que derivan de la marginación histórica de América Latina. El deporte se ha combinado con otras fuerzas sociales, políticas, económicas, regionales, étnicas, religiosas e institucionales para ayudar al proceso de construcción de la nación. Al mismo tiempo, sin embargo, el deporte ha trabajado contra este proceso y/o ha sido fácilmente aplastado por el impacto destructivo y divisivo de algunas presiones complejas y volátiles. Sin embargo, quizás por una fe inocente en la eficacia del deporte, o por los beneficios percibidos que el deporte ha provisto a varios países ‘avanzados’ de Europa y Norteamérica, los latinoamericanos y otros en el Tercer Mundo parecen decididos a

continuar la aplicación de modelos deportivos importados de los metropolitanos” (Arbena, 1996: 232-233).

La compilación de Mangan presenta otro detalle: se titula *Tribal Identities*. Sin embargo, las representaciones analizadas no son tribales, en tanto corresponden a naciones constituidas durante el proceso de “invención de las naciones” en el siglo XIX. La caracterización de tribal más parece una metáfora que una calificación teórica; al menos, no remite a los tribalismos que describe Maffesoli (1990). De la misma manera, los textos recopilados por MacClancy (*op.cit.*) apuntan a representaciones basadas en etnicidades, como el caso vasco, una de las formas de construir nacionalismos más “exitosas” (pero que para el caso latinoamericano presenta distintas dificultades, al menos para su tratamiento desde el deporte: prueba de ello es que los casos presentados por MacClancy no incluyen ejemplos latinoamericanos).⁶

En un trabajo del mismo año, Vic Duke y Liz Crolley se dedican temáticamente al tratamiento del problema, en la primera compilación en que una única mirada —en este caso duplicada por la bi-autoría— desarrolla todas las presentaciones, aunque la organización y la argumentación persista sistemáticamente casuística (Duke y Crolley, 1996). La relación entre fútbol y nacionalismo es para ellos absolutamente previsible, no por ello motivo de festejo:

El fútbol captura perfectamente la noción de una comunidad imaginada. Es mucho más fácil imaginar la nación y confirmar la identidad nacional cuando once jugadores

⁶ Aunque, como trabajo futuro, se debe pensar el análisis que vienen produciendo Alejandro Grimson y Gerardo Halpern sobre las comunidades migratorias boliviana y paraguaya, respectivamente, en Buenos Aires. En ambos casos han relevado la centralidad del fútbol como refuerzo de la identidad migrante, en la reproducción de su identidad original. Ver Halpern, 1998 y Grimson, 1999.

están representando la nación en un partido contra otra nación. Si el nacionalismo fue un movimiento impulsado y favorecido por la clase media educada, su extensión a la clase trabajadora en el siglo XX fue seguramente apoyada por el desarrollo del fútbol internacional. Se ha argumentado a menudo que sólo el compromiso religioso puede rivalizar con las lealtades nacionales en alcance y fervor, pero la pasión de los hinchas de fútbol por sus clubes está al mismo nivel. Cuando la pasión por el fútbol y el nacionalismo se combinan, la alianza es particularmente poderosa, como se evidencia en los ejércitos invasores de hinchas ingleses en numerosas ocasiones a través de Europa en los 80 y los 90 (*idem*: 4).

Entre los fenómenos analizados, Duke y Crolley dedican un capítulo entero al caso argentino. Sin embargo, su análisis no avanza más allá de una postulación instrumental, según la cual el estado nacional aprovecha el fútbol como un lugar “donde las masas podían canalizar sus frustraciones” (*idem*: 106). Inclusive, en una afirmación que no podemos seguir, “el fútbol es el modelo social alrededor del cual el sistema político ha sido construido” (*idem*: 100); la relación de causalidad se invierte, y el fútbol adquiere así una productividad ya no amplia, sino excesiva (e indemostrable). Creo que Duke y Crolley no pueden superar ciertas clásicas limitaciones para comprender la compleja trama de construcción de identidades que desarrollan los populismos latinoamericanos.

Una última escala de esta revisión debe incluir la reciente compilación de Armstrong y Giulianotti (1997). La mayor innovación es que, a pesar de la recurrente organización casuística, se incorporan en ese recorrido el análisis de representaciones (especialmente vinculadas a casos nacionales) africanas y asiáticas —Camerún, Palestina, Sierra Leona, Tanzania— junto a la revisión histórica de la “invención multiétnica” del fútbol brasileño (Leite Lopes, 1997). Con la excepción de la presentación italiana, debida a De Biasi y Lanfranchi

(1997) –donde se describe la especial característica regional y policlasista de la representación identitaria del fútbol italiano— los análisis europeos se apoyan más en análisis locales, como el de Giulianotti en torno a Aberdeen, o de clase, como el brillante trabajo de Armstrong y Young sobre la vinculación entre estigmatizaciones de clase e hipótesis de control social en torno de la violencia de los *hooligans* ingleses.

III. FÚTBOL Y NACIONALISMO EN LA ARGENTINA: UNA HISTORIA

1. Fundaciones

La Argentina, como todos, es un país inventado. Como toda América, en la ficción de su “descubrimiento” y en la violencia de su conquista y ocupación; pero también, en una nominación que supone, imaginariamente, un territorio de riquezas y sólo las encuentra en el bautismo: “tierra de la plata”. Y además, en su dificultosa construcción como Estado Moderno durante el siglo XIX, la Argentina es objeto ya no de una, sino de varias invenciones: las guerras civiles que marcan la historia entre 1810 y 1880 no son sólo intercambios bélicos, sino también furiosas y encontradas batallas discursivas donde se dirime una hegemonía; lo que las guerras deciden, finalmente, es la capacidad de un sector para imponer de manera definitiva un sentido a toda la Nación. Además del relato del establecimiento de un Estado, de un espacio geográfico, de un corpus legal, la historia argentina es un juego de discurso.

Pero además, el fin de siglo y el comienzo de la nueva centuria puso en crisis esa trabajosa construcción: la Argentina se transformó en país inmigratorio, y el aluvión de migrantes europeos supuso la fractura de un modelo económico y social, pero también narrativo. Si hasta ese momento el paradigma explicativo hegemónico hablaba del triunfo de la civilización sobre la barbarie, de la cultura europea sobre el salvajismo americano, la modernización acelerada de la sociedad argentina necesitó echar mano de nuevos discursos que, al mismo tiempo,

disolvieran los peligros que acarreaban la formación de las nuevas clases populares urbanas — sensibles a la interpelación socialista y anarquista—; y constituyeran una identidad nacional unitaria que la modificación aguda del mapa demográfico ponía en suspenso, fragmentaba en identidades heterogéneas. La respuesta de las clases dominantes, con diferencias y contradicciones, tendió a trabajar en un sentido: la construcción de un nacionalismo de elites que produjo, especialmente a partir de 1910, los mitos unificadores de mayor importancia. Un panteón heroico; una narrativa histórica, oficial y coercitiva sobre todo discurso alternativo; el modelo del *melting pot* como política frente a la inmigración, y un subsecuente mito de unidad étnica; y un relato de origen que instituyó la figura del *gaucho* como modelo de argentinidad y figura épica.⁷

Como dice Rosana Guber, “aunque no sin conflictos, el Estado argentino fue sumamente eficaz en su compulsión asimilacionista” (Guber, 1997: 61). Y la eficacia residió en dos mecanismos: la escuela pública, por un lado, como aparato fundamental del Estado, se convirtió en el principal agente de construcción de esta nueva identidad entre los sectores populares.⁸ Por el otro, una temprana industria cultural favorecida por la modernización tecnológica argentina de comienzos de siglo y por la urbanización acelerada, que sumada a la creciente alfabetización de las clases populares construyó un público de masas ya en los

⁷ En pocos enunciados estoy sintetizando un complejo proceso de construcción nacionalista, atravesado por una importante masa bibliográfica, histórica, cultural y política, que no voy a reponer aquí. Con carácter indicativo, algunos de esos textos pueden ser Romero, 1983; Terán, 1987; Floria y García Belsunce, 1988; Hernández Arregui, 1973; Altamirano y Sarlo, 1982.

⁸ Lejos estamos de suponer que la imposición de este relato hegemónico fue el único resultado de la escuela pública argentina. También fue un magnífico agente modernizador, en la rápida alfabetización de las clases populares y en la movilidad social que generó. Incluso, buena parte del éxito de la fundación mitológica de la nacionalidad entre esos sectores radica en el elevado prestigio que la escuela adquirió entre ellos.

primeros años del siglo XX.⁹ En esa cultura de masas, primero gráfica y desde 1920 también radial y cinematográfica, la narración de la identidad nacional encontró un amplio y eficaz territorio donde manifestarse. A pesar de su carácter privado —el Estado no intervendrá en la política de medios hasta los años cuarenta—, la cultura de masas participa de los relatos hegemónicos, especialmente en torno del peso de la mitología *gauchesca*. Buena prueba de ello será que el primer gran éxito del cine argentino se titulará *Nobleza gaucha*, y que el radioteatro por excelencia de los años 30 será *Chispazos de tradición*, del español González Pulido.¹⁰

Pero en esta producción aparecen ciertos desvíos. Aunque partícipes de la narrativa hegemónica del nacionalismo de las elites, los nuevos productores de los medios masivos, tempranamente profesionalizados, provenían de las clases medias urbanas constituidas en ese proceso modernizador.¹¹ Y sus públicos, masivos y heterogéneos, presentaban otro sistema de expectativas: trabajados por la retórica nacionalista de la escuela, atienden también a otras prácticas de lo cotidiano. Junto a los arquetipos nacionalistas, las clases populares estaban

⁹ Rivera, 1985.

¹⁰ Con lo que, en la elección *gauchista* y en la autoría peninsular, el *melting pot* revela una eficacia descomunal. Respecto de la pregnancia de los símbolos gauchescos, puede verse Prieto, 1988. Svampa y Martucelli (1997: 97) señalan que la elección del mito gauchesco “apuntaba a la caracterización de un núcleo histórico cultural, anterior a la ola inmigratoria. Un proceso que disociaba la ‘nación’ de la mayoría de los actores sociales del período. La nación (...) fue en sus inicios el resultado de una separación mayúscula entre la elite y los sectores populares (...). Es así que el mito fundador del gaucho como representante de la nacionalidad implicaba la disociación de ésta con los sectores inmigrantes y trabajadores, marginados del poder, y sobre los cuales se imponía una dominación específica”. En esta hipótesis, el peronismo y la “invención” del *pueblo* permitiría soldar este hiato, argumento que compartimos.

¹¹ Ford insiste en este proceso, especialmente caracterizado por la figura de González Castillo (Ford, 1994).

construyendo otro panteón: junto a los *gauchos* de Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, o los *compadritos* de Jorge Luis Borges, aparecen héroes populares y reales: los deportistas. Como señala Archetti (especialmente, 1995), en la discusión sobre la identidad nacional los periodistas deportivos, intelectuales doblemente periféricos —en el sentido de Bourdieu: periféricos en el campo periodístico, que es periférico en el campo intelectual— intervinieron con una construcción identitaria no legítima (porque el lugar legítimo es la literatura o el ensayo), pero pregnante en el universo de sus públicos. Así, el fútbol se transformó en la revista deportiva *El gráfico*, soporte hegemónico de esta práctica desde los años 20, en “un texto cultural, en una narrativa que sirve para reflexionar sobre lo nacional y lo masculino” (Archetti, 1995: 440). Cabe señalar: esta intervención es posterior y consecutiva a la intervención legítima. La *explicación gauchesca* de Borocotó es posterior a la constitución del gauchismo como ideologema por parte de Lugones-Rojas. El gauchismo existía como narrativa, pero debe esperar a su formulación ideológica —con el juego de *El payador* y *Los gauchescos*, respectivamente— antes de adquirir valor explicativo y legitimidad. En los años 20, el momento de aparición de la intervención periodística deportiva, ese valor está en plena consolidación, lo que ahorra trabajo —y, especialmente, orienta la mirada.

Ese proceso de construcción de un *primer nacionalismo deportivo*,¹² como describe Archetti, recorre distintos caminos. Necesita de ritos de pasaje: si lo nacional se construye en el fútbol, hay que explicar el tránsito de la invención inglesa a la *criollización* —tránsito que se resuelve en el *melting pot* y en la naturalización de un proceso que combina lo cultural, lo económico y lo social—. Necesita de una práctica de diferenciación: el par nosotros/ellos encuentra su expresión imaginaria en un *estilo de juego*, más narrado que vivido, pero de una

¹² Parfraseo el título del trabajo de Payá y Cárdenas, sobre el nacionalismo de Lugones, Rojas y Gálvez (1978).

gran capacidad productora de sentido.¹³ Necesita del éxito deportivo que vuelva eficaz la representación de lo nacional (Arbena, 1996): allí están la gira europea de Boca Juniors en 1925, la medalla de plata en las Olimpiadas de Amsterdam de 1928, el subcampeonato mundial de 1930 en Uruguay. Y necesita de los héroes que soporten la épica de la fundación: Tesorieri, Monti, Orsi, Seoane, por señalar sólo algunos.¹⁴ Pero también, si en este caso la nación se

¹³ La idea de un estilo *criollo*, que combina distintos elementos tácticos con prácticas individuales originales, se une con la fundación de ciertos lugares míticos, como el *potrero*, y figuras populares, como el *pibe* (Archetti, 1997). Pero cierta evidencia señala que esta construcción imaginaria trabaja de manera extendida en la nueva sociedad urbana: ya en 1919, el primer número de la revista infantil *Billiken* presenta en su tapa la figura de “El campeón de la temporada”, la imagen de un niño con vestimenta futbolística, desgredado, con las huellas de una ardorosa batalla —un *pibe*—; todo lo contrario a la imagen “oficial” de un niño pulcro, obediente y escolarizado que es hegemónica en esos años (y por muchos más). De manera larvada, las imágenes alternativas y a la vez complementarias con los discursos de las clases dirigentes circulan por los medios. De manera incluso contradictoria: la empresa editora de *Billiken*, que también lo es de *El Gráfico*, responde a los sectores más conservadores y católicos de la sociedad argentina. Cfr. Varela, 1994. En el trabajo de Varela sobre *Billiken* puede leerse también el análisis de la construcción de un procerato a través del género biográfico y el peso del *héroe* como narrativa privilegiada de una nación. Como dice Varela (siguiendo a Lowenthal), luego de los años 30 el acento se desplaza hacia los héroes mediáticos (el deporte y el espectáculo). En esta línea, como veremos después, la narrativa nacionalista argentina se enseñoorea en el deporte.

¹⁴ Hacia 1950, cuando esta etapa de heroización mitológica está concluida (veremos en otro apartado sus modos de relocalización durante el peronismo), puede verse su puesta en acto. En la película *Con los mismos colores*, de Carlos Torres Ríos con guión de Borocotó, dos espectadores de un partido de fútbol señalan la presencia del ex arquero de Boca Juniors y la selección argentina, Américo Tesoriere o Tesorieri. “¡Qué arquero!”, comentan nostálgicos, y narran algunas de sus hazañas, especialmente su condición de arquero invicto del Campeonato Sudamericano de 1925 contra los uruguayos en el mismísimo Montevideo, para luego ser llevado en andas por los admirados uruguayos. Todo el funcionamiento del héroe deportivo está aquí presente: el perfil de prócer (la cámara toma un plano medio en tres cuartos de perfil, mirando hacia el futuro —la derecha); el reconocimiento

construía desde las clases medias y no desde las dominantes, aparecen los desvíos: frente a una idea de nación que remitía a lo pastoril (en el doble juego del mito *gauchesco* y de la propiedad de la tierra, modo de producción dominante), la nación que se construye en el fútbol asumía un tiempo y un espacio urbano. Frente a una idea de nación anclada en el panteón heroico de las familias patricias y en la tradición hispánica, el fútbol reponía una nación representada en sujetos populares. Frente a un arquetipo *gauchesco* construido sobre las clases populares suprimidas por la organización económica agropecuaria, los héroes nacionales que los intelectuales orgánicos del fútbol propusieron eran miembros de las clases populares realmente existentes, urbanizadas, alfabetizadas recientemente, que presionaban a través del primer populismo argentino (el partido Radical de Yrigoyen) por instalarse en la esfera cultural y política. Y allí, entonces, radicó su eficacia interpeladora.

Dice Renato Ortiz (1991) que la preocupación por la construcción de una identidad nacional fue una constante en toda América Latina “pues se trataba de construir un Estado y una nación modernos”, y “que fue la tradición quien acabó proporcionando los símbolos principales con los cuales la nación terminaría identificándose” (*idem*: 96), que en el caso brasileño pasaron a ser el samba, el carnaval, el fútbol. Agrega Ortiz:

“No tengo dudas de que esta elección entre símbolos diversos en gran medida se produjo merced a la actuación del Estado. (...) Fue la necesidad del Estado de presentarse como popular la que implicó la revalorización de estas prácticas que

comunitario; la narrativa a través de la hazaña; la legitimidad brindada por el enemigo; la representación de la patria. Se puede agregar que el guionista del film es a la vez uno de los principales constructores de esta narrativa heroica, con lo que la operación mitificadora se vuelve un círculo vicioso: “inventar” un héroe será luego constatar o postular la eficacia de la invención.

comenzaban, cada vez más, a poseer características masivas. Finalmente, la formación de una nación pasaba por una cuestión preliminar: la construcción de su ‘pueblo’” (*ibidem*).

Es el Estado el que produce este pasaje entre “memoria colectiva” —vivencial y cotidiana— y “memoria nacional” —virtual e ideológica—. ¹⁵ O, con más precisión, los intelectuales del Estado, mediadores que construyen ese discurso de segundo orden que es el discurso de lo nacional. En la Argentina, la temprana modernidad de su sistema de educación popular, de su industria cultural, de sus públicos masivos, permitió la aparición de un conjunto de intelectuales profesionales de los medios que elaboraron este discurso de la nacionalidad, más cercano a las clases populares, al mismo tiempo que los intelectuales oficiales del Estado construyeron otro, en ciertos sentidos divergente, pero dominante. La divergencia estriba en que el primer nacionalismo argentino es un nacionalismo de elites, maurrasiano, atravesado por tendencias fascistas —como el golpe de 1930 vendría a ratificar. El nacionalismo deportivo, por posición, es más democrático, en tanto confía en la capacidad de los héroes y las prácticas populares para investirse de los significados de la patria. No significa esto que este discurso sea alternativo; como dije, generalmente es complementario y funcional al discurso dominante. Pero indica un nuevo actor, que el elitismo virulentamente antipopular (como anti-irigoyenista) de Lugones no puede leer.

Esta pluralidad, la coexistencia de relatos que designan actores distintos y narran proyectos disímiles, nos permite entender ese primer nacionalismo como algo más que una mera retórica. La construcción de una nación moderna, entre los 20 y los 30, implica además la puesta en juego de políticas y prácticas: el populismo irigoyenista y la primera incorporación de los

¹⁵ Usamos las categorías propuestas por Ortiz, 1985.

actores populares en el siglo XX; la proto-industrialización de los años 30; las migraciones internas; la progresiva construcción de un discurso nacionalista económico —que veinte años después será recuperado por el peronismo. Este nacionalismo se piensa como periférico, comienza a integrarse agresivamente, se desarrolla (lentamente, y con mayor virulencia en los años 30) como antiimperialismo —la única posibilidad para que un nacionalismo periférico no devenga reaccionario.¹⁶

El fenómeno no es sólo argentino. Todavía nos debemos en América Latina un trabajo que ponga en contacto, de manera comparada, los modos de construcción de la nacionalidad moderna. La preocupación por lo nacional está omnipresente en todo el continente —producto de la herencia colonial, de las migraciones, de la polietnicidad que todavía no se llama multiculturalismo—; pero los modos de su resolución varían fuertemente entre, para citar sólo algunos ejemplos, los devaneos del mestizaje pos-esclavista del caso brasileño, el indigenismo andino, el estatalismo mexicano, la asimilación integracionista argentina. De la misma manera, varían —y necesitan su puesta en comparación— los organismos actuantes: instituciones estatales o paraestatales, la educación, el ejército, los medios masivos de comunicación (fuertes operadores de nacionalidad, desde la radio a la televisión, pasando por el cine).¹⁷

Volviendo a nuestro objeto: podemos proponer que es esa aparición temprana del discurso de la nacionalidad relacionado con el fútbol, difundido eficazmente entre las clases populares desde los años 20, lo que permitirá que dos décadas más tarde su mitología se vuelva ritual celebratorio de la *patria*, alcance su condición hegemónica. Para ese clímax, un escenario más propicio será suministrado por la experiencia populista del peronismo.

¹⁶ Pienso, básicamente, en el desarrollo *forjista* de este nacionalismo, más que, por ejemplo, en el de los hermanos Irazusta (que sí deviene reaccionario).

¹⁷ Puede verse al respecto Martín-Barbero, 1987.

2. Alteridades

Ese ejercicio de una narrativa deportiva nacionalista necesita, como dijimos, la invención de un *Otro*, en tanto la dinámica de invención de una identidad exige su alteridad. Ese Otro está demasiado a mano, y es el inglés, el padre, el inventor, el maestro. Asumida esa condición originaria, la invención de un enfrentamiento mítico está a un paso. Pero el mito se respalda, como todo relato social, en alguna referencia: y es que el fútbol argentino se construye históricamente en una progresiva *criollización* del origen británico, criollización que puede leerse como conflictiva. El salto de la referencia histórica al mito está en cómo, treinta años después, ese enfrentamiento puede leerse como “antiimperialismo”.

El fútbol argentino se desarrolla en tres zonas paralelas:

a. Las escuelas de la comunidad británica, que siguiendo el ejemplo de sus pares metropolitanas y el del Buenos Aires English High School, incorporan crecientemente la práctica de los deportes nacionales como parte de una concepción educativa, pero también colonial: *mens sana in corpore sano*, y a la vez reproducción de las pautas de sociabilidad original y aislamiento comunitario.¹⁸

b. Los clubes sociales y deportivos, primero de la comunidad y luego rápidamente imitados por las clases dominantes argentinas, permeables a toda influencia británica, celosos

¹⁸ En 1905 se funda uno de los clubes de nombre más caricaturescos: el Newell's Old Boys. El club había sido formado por ex-alumnos del Anglo-Argentine Commercial School, en Rosario, cuyo *headmaster* era Mr. Isaac Newell.

cultivadores de la mimesis más estricta. La lengua es parte de esa mimesis: las familias patricias argentinas presumen de su dominio del inglés.

c. Los clubes fundados por empresas para sus empleados. Esta zona de desarrollo es más tardía en el tiempo, desde 1890 en adelante. Pero se revela rápidamente eficaz, y será el nexo fundamental que permita la aparición de nuevos sujetos practicantes. Aquí aparecen las clases medias, que se van conformando al influjo de la inmigración europea, la urbanización acelerada y la modernización de la sociedad argentina. Los ferrocarriles son especialmente aptos para esta posibilidad: Ferro Carril Oeste o Rosario Central Railway, por ejemplo. Hacia fines de siglo, y con mayor énfasis en la primera década de la nueva centuria, aparecerán clubes fundados por estos sectores, basados en nuevas afiliaciones, barriales, espaciales antes que laborales.¹⁹

En 1893 este movimiento general de expansión de la práctica de fútbol se consolida en una Asociación, se transforma en una estructura burocrática e institucional. Si bien el desarrollo de una Liga puede remontarse a 1891, en 1893 se funda la Argentine Association Football League, presidida, como es natural, por el "Father of Argentine Soccer", Alexander Watson Hutton –sobre el que nos extenderemos, indirectamente, en otro apartado. El peso británico en la Association es crucial, al punto de que el inglés es el idioma oficial de las actividades institucionales. Los participantes no pueden imaginar otra posibilidad: sus gramáticas ideológicas de producción no se lo permiten. Esa historia continúa por veinte años: en 1903, la

¹⁹ Este proceso ha sido investigado en la Argentina por Julio Frydenberg (1991, 1995, 1997, 1998). Mi relato resume sus datos.

Association elimina el "League" de su nombre;²⁰ sólo en 1912 cambiará por el español, cuando producto de un cisma se funden simultáneamente la Federación Argentina de Football y la Asociación Argentina de Football. Pero sólo en 1934 la denominación virará definitivamente al castellano, con la fundación de la actual AFA, donde la F reemplaza al castellanizado *fútbol*. De la misma manera, los presidentes son sucesivamente Watson Hutton, A. Boyd, Charles Wibberley y Francis Chevallier Boutell. En 1906 es elegido un connotado miembro de la oligarquía argentina, Florencio Martínez de Hoz, señalando un cambio parcial de rumbo (el reemplazo de una aristocracia colonial por otra nativa) que se ratifica con la adopción del español como lengua oficial de la Association (Scher y Palomino, 1988).

Un proceso similar, también idiomático pero más ampliamente cultural, es el que tiene lugar en las canchas. Los primeros participantes de los torneos de Liga son los clubes y escuelas que conforman los grupos antes señalados, todos ellos indicando la membresía a la colectividad británica, tanto en los nombres de los equipos como en la nómina de los jugadores: juegan el Buenos Aires English High School, el Lomas Athletic Club, el Belgrano Athletic Club, con teams integrados por apellidos anglófonos. En 1900 la escuela de Watson Hutton gana su primera Liga, pero en el mismo momento debe cambiar de nombre: la League decide que los colegios participantes deben abandonar sus nombres originales, para evitar que se entienda una propaganda comercial. Así, los integrantes del equipo eligen el nombre *Alumni*, latinismo que designa su condición identitaria: alumnos de la escuela. Entre 1900 y 1911, el Alumni domina

²⁰ Y según Taylor (1998), se afilia a la Football Association, es decir la Asociación Inglesa de Fútbol. La Asociación Inglesa (FA) es el único cuerpo burocrático futbolístico del mundo que no incorpora el gentilicio en su denominación oficial. Inventores, dueños, administradores del fútbol durante mucho tiempo, los ingleses obligaron al resto de la galaxia a practicar la distinción. Piénsese, además, que estamos en pleno apogeo del Imperio.

por completo el mapa futbolístico; gana todos los campeonatos, salvo los de 1904 y 1908 (obtenidos por el Belgrano Athletic). En 1912 un club exclusivo de la colectividad británica, el Quilmes Athletic Club, gana el campeonato de la entonces Federación Argentina, y en 1913 el torneo fue ganado por Racing Club, equipo formado a partir de un grupo de jóvenes del suburbio industrial de Avellaneda, y cuyo nombre estaba originado en el Racing de París. Unánimemente, el relato histórico y el costumbrista insiste en reconocer a Racing como el primer campeón *criollo* del fútbol argentino. Racing dominará los torneos durante toda la década. En este mismo momento, una etapa clave del fútbol argentino, se produce la disolución del Alumni, la entrada masiva a la Federación de equipos integrados por argentinos nativos, muchas veces hijos de inmigrantes italianos y españoles (o ellos mismos inmigrantes), y el comienzo del retiro de la práctica del fútbol de los equipos británicos, que comienzan a refugiarse especialmente en el rugby. El ejemplo británico había sido exitoso: los nativos habían adoptado su deporte. Hacia 1912, sólo en la zona de influencia de Buenos Aires se contabilizan 482 equipos, tanto en las dos Federaciones oficiales como en las Ligas independientes, formadas a partir de afinidades espaciales o laborales.²¹

Pero estos nuevos equipos no sólo han reemplazado el apellido Brown por el Perinetti, sino que es todo un sistema ideológico y de clase el que ha sido reemplazado. La oligarquía es desplazada por las nuevas clases populares en formación, pero también es desplazado el *fair play*, entendido como un conjunto de normativas éticas que remite a una concepción ideológica —y de clase— de la práctica. Un nuevo concepto de masculinidad está siendo creado, vinculado a condiciones de vida radicalmente diferentes, donde el tiempo libre y de ocio no aparece como natural sino como conquista gremial. Necesariamente, este proceso debe

²¹ Nuevamente, Frydenberg (1998).

desembocar en el profesionalismo, signo último de la democratización de la práctica institucional del fútbol argentino.²²

Como intentaremos analizar, esta construcción anti-británica alcanza su clímax narrativo durante el peronismo, cuando, a pesar del desplazamiento que la posguerra opera sobre los imperialismos dominantes (los años dorados de la *pax* americana), el fútbol persistirá en su definición de un enemigo. Como anticipo: en 1953, luego de la primera victoria futbolística ante Inglaterra, algún periodista exaltado exclamará “Primero nacionalizamos los ferrocarriles, ahora nacionalizamos el fútbol”.²³

3. Apropiaciones

El surgimiento del profesionalismo deportivo es señalado, en una interpretación clásica, como el origen de todos los males, como el comienzo de la corrupción y el mercantilismo.²⁴ En la Argentina funcionó como la única forma posible de democratizar la práctica deportiva. Hasta 1931, año en que el “amateurismo marrón” del fútbol (el cobro de salarios encubiertos)

²² La cita debe ser, nuevamente, la de Eduardo Archetti. Su trabajo no consiste en una simple revisión histórica de la fundación del fútbol argentino, sino que integra ese relato en una serie mayor: la “invención” de una masculinidad, en colaboración estrecha con otros deportes (el polo) y con series no deportivas (básicamente, el tango) (Archetti, 1999).

²³ Es una cita de Bayer, 1990.

²⁴ Huizinga, especialmente, entiende la profesionalización deportiva como la clausura de las posibilidades lúdicas del deporte, en la aparición del beneficio económico. En relación con el fútbol, es la interpretación que retoma Sebrelli (1981, 1998).

se transforma en liso y llano profesionalismo, el acceso de los sectores populares al fútbol sólo hallaba la limitación de la dependencia económica, de la necesidad de destinar al deporte el tiempo libre, del exiguo excedente producido por el trabajo, de las exigencias horarias laborales. Las clases dominantes podían dedicarle tiempo, dinero y esfuerzo. ¿Cuáles fueron las causas por las que, a pesar de sus desventajas operativas, los sectores populares se acercaron al fútbol y lo que es peor, triunfaron en él? Seguramente, una multiplicidad de factores: entre los que consideramos más importantes se encuentran las razones internas al juego, las que tienen que ver con una importante economía —la relación entre costos y cantidad de participantes posibles, y la facilidad de su desarrollo con bajos equipamientos en su momento informal, no institucionalizado—, su capacidad dramática, su democracia en torno a los participantes —cualquiera puede jugarlo. Lo cierto es que el fútbol funciona como un imán poderoso para los nuevos sectores populares de las dos primeras décadas y, en el momento que narramos anteriormente, el desplazamiento de las clases dominantes de las canchas les lleva a refugiarse en el dominio de las instituciones (clubes y asociaciones). El profesionalismo es el último golpe: ahora los pobres pueden dejar el trabajo, porque sus remuneraciones de futbolistas les permiten mantener una familia... y algo más.

El film *Los tres berretines* (Lumiton, 1933) sirve para repensar ese momento.²⁵ Pero también, al ambientar el relato en su contemporaneidad, los comienzos de la década del 30, implica tomar la crisis económica de la época como contexto inmediato: la crisis sobrevuela la narración, es agente y causa eficiente del conflicto. Y de ahí la posibilidad de la pregunta: ¿cómo vivir en/con la crisis? Mejor: ¿cómo salvarse?

²⁵ La dirección del film es firmada colectivamente por el equipo Lumiton, la productora. Las versiones indican que el rol de director fue cumplido principalmente por Enrique Susini, por lo que se le suele atribuir la autoría de la película.

Para Manuel Sequeiro, el ferretero que compone Luis Arata, no hay posibilidad de discusiones: la única salida, repetida boca a boca de inmigrante a inmigrante, es trabajar; y para los hijos, el estudio, la profesión, salvo para los duros de mollera a los que sólo les queda heredar el negocio. La linealidad de la fórmula no permite desvíos: si Eduardo (Florencio Ferrario) es arquitecto, todo irá bien, tarde o temprano; si Lorenzo (Miguel Ángel Lauri) y Eusebio (Luis Sandrini) son brutos para los libros, la ferretería es grande y cariñosa.

Pero las transformaciones del aparato productivo, y especialmente de la industria cultural, no dejarán de asombrar al pobre gallego. Por un lado, debe tolerar mujer, hija y suegra que tienen como afición básica (*berretín número uno*) el cinematógrafo. Pasión que consume pupilas día y noche, incluyendo los enamoramientos (la abuela pierde la razón por *Adolfo Menjunje* -Adolphe Menjoux-, según traduce al andaluz el abuelo personificado por Héctor Quintanilla). Pero *pasión femenina* (sólo las mujeres van al cine, como mucho acompañadas por un homosexual, Pocholo): por ende, improductiva. ¿Para los cánones de la época, de los autores, del personaje de Arata, de todos ellos? El cine no aparece como pasión improductiva desde la óptica de los productores de *Los tres berretines*; por el contrario, asoma como forma de producción industrial, criterio en el que se asocia gran parte de la crítica del estreno, que prefiere desprenderse del juicio estético frente a la película y festejar la inauguración del cine sonoro argentino como industria. Y no está de más recordar que “los locos” que asociados en Lumiton inventan el cine sonoro, son los mismo que más de una década atrás inventan la radio (¿en la Argentina? ¿en el mundo?).²⁶ No sólo productividad, entonces, sino además el

²⁶ Los “locos” son Enrique Susini, César Guerrico, Luis Romero Carranza y Miguel Mujica, que luego de producir la primera transmisión de radio en 1921 —para muchos, la primera en el mundo: Bosetti, 1994— y conducir una emisora comercial, se vuelcan al nuevo cine sonoro. La crítica discute la condición pionera: pocas semanas antes Argentina Sono Film estrena *Tango*, sonorizada. En *Tango* el sonido no es usado como elemento

pionerismo que caracteriza toda la etapa fundadora de la industria cultural en la Argentina. Pero el cine en tanto industria es problema de hombres: para la mujer, es el lugar donde sólo se ponen en escena los deseos, aún en la crisis.

El *berretín uno* queda descartado como salida: ningún hijo promete hacerse cineasta, como máximo la hija será consumidora (y en la economía del relato, esta hija no tiene peso). El problema aparece con el *berretín número dos*: Eusebio no sabe nada del *sol/fa* pero, cultor del tango, se empeña en silbar la musiquita que le dará fama, dinero y mujeres.

"¿Tango? Fuera de aquí, atorrante."

responde el padre enfurecido. Y esa condición de artista se opone tanto al modesto ámbito de la ferretería como al humor del ferretero, a quien sí soportar mujeres cinéfilas ya le parece excesivo, tener un hijo *músico* y tanguero le resulta el colmo de la desgracia. La incompreensión paterna no descorazona a Eusebio: como marca de fábrica de lo que será el personaje Felipe de Sandrini, es ante todo *buenazo*, toda paciencia y corazón. Él debe poner sobre el pentagrama su tango, trabajosamente atesorado en sus silbidos.

El devenir de Eusebio puede verse como otro registro de la problemática de la industria cultural de la época. Si en la pasión tanguera, en el boliche, en la peña, pueden leerse el ámbito de los consumos, en el periplo iniciático que transforme a Eusebio en compositor con pentagrama se asientan variantes más complejas. Entre otras: los conservatorios de barrio, donde el italiano del *Golfo di Salerno* le promete un título por diez pesos, y al volcar los silbidos escribe una tarantela; el pianista profesional de tango que en los ratos libres escribe

dramático, sólo como cortina musical (los tangos cantados en el film), usándose inclusive los carteles para los diálogos. En *Los tres berretines*, por el contrario, en la primera escena el sonido funciona como un fuera de campo indicativo de un hecho (el desorden de la ferretería a causa de un pelotazo). Esa diferencia me lleva a preferir este film como primera muestra del sonoro argentino.

partituras como *changa*; el *conjunto nacional Foccile-Marafiotti*, la orquestita del boliche, el bar con número vivo; y un personaje antológico, *el poeta*.

Una vez que Eusebio consigue su partitura, le pide al cantor Luis Díaz que se la estrene. Díaz le recuerda:

"¿Y la letra? Mirá, allá está el poeta. Por un café con leche te la hace."

El poeta es estereotipo: pelos largos continuamente mesados, ojeras, barba de días, corbatín, pluma perenne, cara de hambre. Y como buen trabajador intelectual, ante el pedido y el salario prometido, pone manos a la obra:

Tristezas funéreas.

Los grillos me oprimen

y tus ojos negros ya no me redimen.

Ante la sorpresa de Eusebio, que esperaba un tango y se encuentra con "*otra tarantela*", el poeta responde soberbio: "*Qué culpa tengo yo de su estultez supina*". Pero cuando Eusebio, patronal al fin de cuentas, retira el café con leche prometido, el poeta acepta las condiciones del intercambio, las reglas de la industria, para asentir:

"Bueno. Posaré versos pedestres."

Araca la cana, ya estoy engrillao,

un par de ojos negros me han engayolao.

Eusebio festeja, Díaz canta, el poeta come y el tango se estrena. El circuito productivo se ha cerrado.

Pero falta el *berretín número tres*: Lorenzo proclama, ante la mirada atónita del ferretero gallego, para el que la única ética es la del trabajo:

- "Mi porvenir está en el fútbol."

-*"Pues entonces, fuera de mi casa, atorrante."*

El juego es más complejo. Porque Lorenzo es Miguel Ángel Lauri, *forward* de la célebre línea delantera del Estudiantes de La Plata entre 1928 y 1934: Lauri, Zozaya, Scopelli, Ferreira y Guaita. Nombre y rostro al que la prensa gráfica de la época ha hecho suficientemente famoso como para que el pacto ficcional se torne más rico: por supuesto que el porvenir de Lorenzo/Lauri está en el fútbol, quién lo puede dudar, sólo papá Manuel puede rebelarse ante ese destino de patadas y *goals*. Pero Manuel se resiste, nuevamente, ante la posibilidad de que la industria cultural alternativice las formas productivas clásicas. ¿O es que acaso un futbolista *produce*?

Para la lógica del relato, el futbolista de la familia no sólo produce dinero: produce el conflicto (la expulsión del hogar), produce el clímax, produce la resolución del conflicto. Los treinta y nueve goles de Lorenzo consiguen que las mujeres dejen el cine para ir a la cancha; que el padre se reconcilie con el hijo; que Eusebio tenga los cinco pesos para pagar su partitura; que el hijo arquitecto, Eduardo, desocupado porque la crisis no respeta ni a los profesionales universitarios, construya el nuevo estadio del club, tenga trabajo, gane dinero, y en consecuencia recupere a la *pituca* Susana Del Solar (Luisa Vehil) para casarse con ella. Frente a la afirmación de Eusebio: "*Vos sabés que la crisis es mundial, y nosotros los intelectuales, somos los mártires*"; Lorenzo contesta con goles, sentidos y dinero. Manuel, resignado y orgulloso, mirando el partido final desde un poste de teléfono (porque el fútbol es masivo y no se puede entrar a la cancha), ante el grito de gol y el atronador *¡Sequeiro! ¡Sequeiro!* comprende definitivamente que las cosas han cambiado.

La última escena congela el estado final de las cosas; Manuel y María, los padres orgullosos, espían desde una ventana el nuevo panorama de su familia. El analfabeto musical Eusebio *dirige una orquesta*, ante la mirada atenta y seducida de dos mujeres (consecuencia directa de la fama); el futbolista Lorenzo brinda con las autoridades del club, con el poder

institucional que le debe a sus goles la posibilidad de construir un nuevo estadio. Y el arquitecto, devenido constructor de canchas, reduce su festejo a besar a la novia reconquistada. El espesor del personaje de Eduardo es similar a la calidad actoral de Florindo Ferrario: nula. Pero ese profesional que triunfa gracias al fútbol es una nueva condensación: porque su novia, *niña bien* con piano de cola y viajes a Europa, bailarina clásica que habla de tú, y que estuvo a punto de perderse en los brazos de un muchacho *bien*, está ahí, besándolo antes del fundido final, gracias a los goles del hermano goleador.

Los tres berretines deja leer muchos rastros de un estado del imaginario. Básicamente, aquellos que remiten a un estado del horizonte de expectativas: simultáneamente, el crecimiento de una industria cultural que organiza la sociabilidad y la subjetividad, y la crisis de un sistema de legitimidades, donde la ilusión del *hijo doctor* deja paso a otras formas — ahora— legítimas del ascenso social. Desde ya: esta legitimidad es una legitimidad parcial, que no se postula como universal; es una legitimidad de clase que no se pretende exterior a la clase que la formula. Nuevamente, los actores interpelados son las clases medias construidas en la inmigración; pero, a diferencia de los Borocotó que analizáramos en el capítulo anterior, en este caso encontramos que estas clases medias funcionan como actores, no como intermediarios. En el universo representado en el film, los sujetos son pensados como practicantes, no como productores de discursos sobre la práctica. Por otro lado, ese mismo universo nos permite pensar la extensión del concepto *clases populares*: estos sujetos se ven a sí mismos en tensión entre un mundo *de abajo*, de donde proceden y al que todavía pertenecen su hábitat —la casa de barrio— y un sistema de consumos —el diario *Crítica*, el fútbol, el bar—; y un mundo *de arriba*, al que ni siquiera el estudio les permite acceder. En un momento del film, la posibilidad del casamiento entre el arquitecto Eduardo y la niña Susana es puesta en cuestión por un asistente circunstancial al espectáculo de danzas donde bailará Susana:

“-¿Arquitecto? Dicen que es hijo de un ferretero...”

Hablamos de una tensión entre dos polos: pero el universo inferior no está representado. No se habla de *hambre*, se habla de *crisis*; el despido de Eduardo de su estudio de arquitectura no lo lleva a la mendicidad ni al *barrio de las latas* de Retiro. El universo “superior”, por el contrario, está representado de manera esquemática –Susana habla de *tú*, frente al voseo generalizado; toca lánguidamente el piano, frente al ambiente bohemio y vital del bar; y, un hallazgo de la representación esquemática, la cámara permanece estática en un plano general cuando filma su actuación como bailarina clásica, frente a los movimientos continuos y la búsqueda de encuadres novedosos que realiza en el resto de las escenas.²⁷ La representación trabaja sobre una dicotomía *nosotros-ellos*, donde la convocatoria del *nosotros* es amplia, y la representación del *ellos* está estereotipizada. Pero el conflicto se mueve por lo simbólico: por los consumos, por el lenguaje.

Que en este contexto de representación el eje pase por el fútbol, no deja de ser significativo. La película nos permite leer un momento de la construcción de una nueva legitimidad, un momento en que las operaciones de apropiación popular de una práctica de elite están concluidas y han sido exitosas. De allí en más, lo que veremos es la ampliación de sus posibilidades de sentido. En *Los tres berretines* la referencia se limita al barrio, a la familia, a la clase (según postulamos); para que esa referencia se amplíe a la patria, hace falta un nuevo contexto.

²⁷ Para un análisis centrado en la retórica cinematográfica de este film puede verse Romano, 1998.

4. Conciliaciones y panteones: la patria deportiva²⁸

El período que va de 1945 a 1955 es un momento central para dar cuenta de las relaciones entre el deporte, los sectores populares y las operaciones político-culturales del Estado.²⁹ La incorporación al proyecto de industrialización de los sectores populares requirió de mecanismos culturales para reelaborar un nuevo significado comunitario de nación: estos mecanismos son, especialmente, la utilización de los aparatos del Estado para generar una idea de comunidad, entre ellos la educación elemental, obligatoria y masiva, la propaganda estatal, el militarismo y otras acciones tendientes a la afirmación de la identidad nacional. No escapa esto a lo que puede considerarse “clásicamente” un populismo: en él, la asociación entre Pueblo y Nación aparece como principio constructivo, y las tendencias a constituir “momentos fundacionales” son recurrentes. El populismo en la Argentina puede considerarse como un proceso de inclusión de las grandes masas populares en la cultura urbana, destinadas a ser beneficiarias de la redistribución del ingreso: sectores hasta ese momento ilegítimos, vieron ampliada la esfera de su participación política en función de la ampliación de sus derechos y de la construcción social de su representación massmediática. Lo que aparece como central en la argumentación que quiero desarrollar es el despliegue de mecanismos inclusivos: el peronismo

²⁸ Parte de los argumentos de este capítulo los debo a María Graciela Rodríguez, a su trabajo y a su discusión. Con ella escribimos, conjuntamente, una primera entrada en estas problemáticas (ver Alábarces y Rodríguez, 1997).

²⁹ Esta zona de trabajo no ha sido explorada. Hay sólo tres textos publicados sobre el tema: Rein (1998), González (1996) y Rodríguez (1996b), y un cuarto que lo incluye como capítulo: Scher y Palomino (1988). En ningún caso hay una investigación sistemática y concluida, aunque las hipótesis de Rodríguez, basadas en un primer rastreo, son las que guían nuestra versión del problema.

incorpora sujetos de manera masiva, discursiva, ideológica y económicamente. La nación entonces aparece como un enorme continente, que escamotea su carácter de clase para exhibirse (¿para percibirse?) como una construcción común.

De esta manera, y aún con titubeos y contradicciones, el nacionalismo peronista se exhibe a la vez como una discursividad fundacional e inclusiva (una "nueva" Nación, un nuevo "Pueblo" que recupera una "popularidad" históricamente determinada —básicamente, el yrigoyenismo) y como una política, legible tanto en sus datos estructurales (la legislación, la nacionalización de las actividades económicas básicas, la distribución del ingreso, la incorporación de las clases populares al consumo) como en sus datos simbólicos: la construcción poderosa de un nuevo "nosotros", de gran eficacia interpeladora, y que no se sostiene, únicamente, en la apelación de los "mecanismos de consenso autoritario".³⁰ Así, el deporte no se instituye como suplencia, como vicariedad, sino como el dato que confirma, en un universo complementario, el doble juego de expansión (de la Nación) e inclusión (de los nuevos actores populares).

En síntesis, la importancia que tiene este período para indagar en la relación entre deporte y nacionalismo, reside en tres aspectos que aparecen como datos fuertes de estos años: la expansión deportiva —ya sea desde el punto de vista comunitario como el de alto rendimiento—; el auge y la consolidación de una industria cultural de sólido rasgo intervencionista; y la irrupción en la esfera política de un nuevo actor social, las clases populares, llamadas a ser imaginariamente protagonistas y destinatarias de las políticas de Estado. Esta aparición en escena de las clases populares y su nominación como "pueblo", al tiempo que define, como dijimos, la interpelación populista al convertir a las masas en pueblo y

³⁰ Como alegan, por ejemplo, Rein (1998) o Ciria (1983). El tratamiento de Svampa y Martucelli (1997) es en ese sentido mucho más atento a la multiplicidad de acciones que construyen el consenso peronista.

al pueblo en Nación, colocó al deporte como un dispositivo eficaz en la construcción de una nueva referencialidad nacional.

Al mismo tiempo el espectáculo deportivo se inaugura como un nuevo ritual nacional posible —hasta ese momento prácticamente inimaginable por la sociedad política— ampliando el repertorio simbólico común (García Canclini, 1990).³¹ El deporte operó así sobre la articulación de las modalidades y los mecanismos de consenso civil y político porque se trata de un conjunto de emociones, necesidades y subjetividades relacionadas con las modalidades narrativas de un sentimiento patriótico. Lo que me interesa aquí es que el espectáculo deportivo aparecía por primera vez como válido para integrar el repertorio nacional y que su legitimidad estaba dada por su vínculo con lo popular.

Un buen lugar para analizar esto es nuevamente el cine.

Próceres populares: una lectura de la historia

De la (escasa) serie de filmes argentinos que trabajan —directa o indirectamente— el tema del deporte, un porcentaje superior al treinta por ciento se produjeron durante este período

³¹ Sin duda, las posibilidades político-estatales del fútbol, como deporte privilegiado, habían sido exploradas. La excursión de Roca con un equipo a Brasil en 1904, su asistencia a los partidos Alumni-Southampton, la intervención del dictador Urriburu en la primera huelga de jugadores de 1931, son algunos de sus mojones (ver Scher, 1996 y Scher y Palomino, 1988). Pero se trata de intentos personalizados y aislados, no puestos en correlación con una política sistemática ni deportiva ni ampliamente cultural, como es el caso del peronismo. La colocación del deporte como nuevo (y legítimo) símbolo patrio, como intento argumentar, es un invento peronista del que no se puede retroceder, que fija una gramática invariable desde entonces en adelante (por ejemplo, los telegramas de felicitación presidencial ante cada éxito deportivo internacional).

(apenas diez años sobre más de sesenta de historia del cine argentino sonoro), lo que señala, provisoriamente, el peso de la temática en las expectativas de consumo. Por otro lado, los filmes deportivos durante el peronismo no fueron documentales propagandísticos, e inclusive escaparon a las referencias explícitas o laudatorias propias del aparato mediático estatal. El peronismo *no se nombra* en las películas peronistas sobre deporte; y si hablamos de “películas peronistas” es porque creemos —y trataremos de demostrar en el análisis— que el peronismo es su gramática de producción, sea por la colocación de sus productores —el caso del guionista Homero Manzi— o, más ampliamente, por las significaciones puestas en juego. Sin embargo, estos filmes están lejos de pretenderse o formularse explícitamente como parte de un operativo propagandístico: en *En cuerpo y alma* (Leopoldo Torres Ríos, 1951) una mínima y clásica historia de lealtades y amistades barriales permite la puesta en escena del equipo y las figuras que acaban de obtener el primer Campeonato Mundial de Básquet; empero, el relato permanece confinado al juego entre amateurismo y profesionalismo, la tensión entre el afecto y el interés, la fidelidad al barrio o al amigo, sin ninguna referencia al triunfo deportivo mundial que, por el contrario, el aparato publicitario peronista había destacado como “uno más” de los logros del gobierno. De la misma manera, en un fragmento de *El hincha* (Manzi, 1951), donde tampoco se nombra al peronismo, el protagonista (Ernesto Santos Discépolo) debe afrontar un problema de salud de su madre: “para la vieja la mejor”, dice, tras lo cual la interna en un sanatorio privado sin importar los costos, a pesar de que el contexto hubiera preferido el hospital público, opción lógica tanto para un obrero automotriz como para la política de salud del primer peronismo. La puesta en escena del peronismo pasa por un estado del imaginario, no por la explicitación de uno u otro de sus actos de gobierno, o por las loas habituales en un sistema que ya para ese entonces había instalado fuertemente el culto al líder.

En tanto operación de reinterpretación del nacionalismo otros productos audiovisuales de ficción permiten aproximaciones interesantes. En una de las últimas escenas de *Pelota de trapo*

(1948), quizás la más importante película de la serie tanto por su calidad como por su repercusión, se produce un diálogo curioso: el personaje central de Comeñas (Armando Bó), futbolista estrella que debe retirarse por una afección cardíaca, es reclamado por el público presente en una final sudamericana entre Argentina-Brasil. En el vestuario, su amigo y descubridor le reprocha su presencia y se niega a autorizarlo a jugar el tiempo suplementario definitorio. Sin embargo, el personaje de Bó, mirando a la bandera argentina que flamea en el campo de juego, le insiste a su amigo con este argumento:

"-Hay muchas formas de dar la vida por la patria. Y ésta es una de ellas."

Frente a tamaño alegato, el amigo consiente, y Comeñas entra a la cancha. Previsiblemente, convierte los tantos definitorios, sufre dolores en el pecho, pero resiste y no muere. ¿La patria acepta su esfuerzo pero no le exige su inmolación? Más allá de las lógicas del melodrama, el fragmento remite (por primera vez en las películas deportivas argentinas) a una interpelación que vincula, explícitamente, las actuaciones deportivas con los argumentos nacionales. En el contexto populista, la asociación Pueblo-Nación permite que los sujetos populares participen en la construcción de la nacionalidad desde roles, hasta ahí, descentrados e ilegítimos. *Pelota de trapo* supone la posibilidad de un nuevo procerato, de carácter popular: los héroes que la fundación mitológica había construido se están transformando, ahora, en decididas encarnaciones de la patria.

En el mismo período que estamos trabajando, otro film merece un análisis más detenido. La película *Escuela de campeones* (1950) relata la historia del escocés Alexander Watson Hutton y su club fundador, el *Alumni*. Pero el filme se integra en una serie mayor: *Escuela de campeones* participa de la lista de películas con guión de Homero Manzi (connotado intelectual orgánico del peronismo) que en esos años diseña una historia pedagógica para consumo de

masas: la historia argentina es narrada a través de *La guerra gaucha*, *Su mejor alumno*, *El último payador*.³² *La guerra gaucha* es la puesta en escena del libro de Leopoldo Lugones; la novela y el film relatan la guerra de guerrillas de los gauchos del Norte de la Argentina contra los españoles en la guerra de Independencia. *Su mejor alumno* es la biografía filmada de Domingo Faustino Sarmiento. *El último payador*, en cambio, es la biografía de Betinotti, payador y poeta popular del cambio del siglo, actor clave en la constitución de una cultura de masas en la primera modernidad argentina. La aparición de la figura de Betinotti y de Watson Hutton junto a la Independencia y el procerato delata, en el conjunto, una disposición extendida para producir una narrativa de la nacionalidad; producto coherente de una etapa populista de producción cultural, esta historia argentina para las masas populares, fuertemente incorporadas al consumo cultural de los años 40 y 50, se desplaza entre el relato escolar y la mitología de masas.

La narración de *Escuela de Campeones* insiste pedagógicamente en vincular lo narrado (inicialmente, una banalidad, una historia deportiva) con nombres y procesos legítimos de la historia argentina.³³ Pero el momento cumbre llega cuando Watson Hutton, necesitado de apoyo para su escuela, va en busca del Ministro de Educación Domingo F. Sarmiento, quien lo recibe en su despacho. Economía de recursos: por un lado, la escena marca el clímax de este intento de situar el universo narrado fuera de la banalidad deportiva, vinculándolo a una serie histórica de legitimidad indiscutible; el fútbol se legitima por el contacto mágico con el héroe nacional escolarizado. Por el otro, en el interior de los mecanismos de producción, Sarmiento está personificado por Enrique Muiño, que acababa de componer el mismo personaje para *Su mejor alumno*. En esta reunión antológica, Sarmiento recae en todos los lugares comunes que

³² Ver al respecto los trabajos de Eduardo Romano (1991 y 1993).

³³ De manera "casual", desfilan el Dr. Ignacio Pirovano o el poeta Carlos Guido y Spano.

los manuales escolares le han adjudicado: "una escuela que se abre es una cárcel que se cierra", sentencia para la Historia. Pero finalmente, sin mucha noción de la predilección británica por los castigos corporales, Sarmiento alecciona a Watson Hutton: "Un consejo, míster: enseñe, a patadas, a trompadas, a empujones, pero enseñe". Watson Hutton se transforma, en el mismo movimiento que acepta el fútbol como objeto legítimo, en un actor también legítimo de otra historia. Ya no es simplemente un "padre del fútbol"; en el relato cinematográfico se transforma en un impulsor de la educación y la alfabetización popular, cosa que las características del Buenos Aires English High School se empeñan en negar. Una escuela privada para la comunidad británica no representa el modelo ideal para una educación universal.

En tanto texto didáctico, el film no se propone un simple relato histórico de base realista, sino que quiere enseñar el proceso de nacionalización de la sociedad argentina, la manera en que el *melting pot* funcionara eficazmente como mecanismo asimilatorio (compulsivo). De la misma manera que otros filmes de la época, la representación de la inmigración se vuelve caricaturesca: junto a los *ingleses* (la noción de *escocés* es una sutileza excesiva para el universo representado de la película), aparecen italianos, españoles, alemanes, señalando al mismo tiempo la variedad y la integración, sin asomo de discriminación; aunque como en todo el cine argentino la representación del inmigrante se tipifica en oficios: un inglés no puede, en esta economía, volverse peón de puerto o comerciante gastronómico. Asimismo, no existe otra posibilidad que la integración, el desplazamiento de la identidad migratoria por una nueva identidad: "esta tierra que todo lo da, todo lo merece", sentencia Watson Hutton, indicando el camino correcto de la asimilación.

Lo más interesante, sin embargo, está en el tratamiento de una mítica "argentinidad" del club Alumni. De esa manera, Watson Hutton muere en la Argentina siendo un "lindo gringo" (ese origen no puede desmentirse), pero el Alumni se convierte, de último equipo inglés, en

primer equipo argentino. “Ustedes forman el único cuadro criollo de la liga”, se afirma en un momento. Este desplazamiento no es menor, y contradice toda empiria histórica: la criollización definitiva del fútbol argentino se produce con la desaparición del Alumni, no con su apogeo. En la narrativa del film, en cambio, la transformación –objeto argumentativo de toda la película— debe producirse en el interior de lo narrado. Así, cuando un padre acerque sus hijos y sobrinos al colegio de Watson Hutton para que los eduque –y los transforme en futbolistas—, estos milagrosos futuros deportistas son presentados como la familia Brown, “todos criollazos” –aunque la documentación histórica nos hable de otra cosa, de una identidad doble que no cede a la compulsión asimilatoria. El Alumni es a lo sumo un puente, el inicio de un proceso de criollización; jamás un cierre. La orgullosa reivindicación que Juan Brown hace años después de su sangre británica, junto a su lamento por lo perdido, indica estos significados.³⁴

El juego de la identidad nacional postulada se desplaza también por la masculinidad y el estilo. Cuando la escuela entre en crisis por la muerte de un niño jugando al fútbol (dato de la ficción cuyo único objetivo es preparar la aparición milagrosa de los hermanos Brown, que salvan a la escuela y al fútbol argentino), un grito reclama: “¿Qué quieren? ¿Que nos criemos como mariquitas?”. El exceso melodramático que ha reclamado una muerte en el relato produce una metonimia por lo menos curiosa, según la cual la muerte es parte del precio a pagar por una masculinidad sin fisuras.

En cuanto al estilo futbolístico, esta criollización *avant la lettre* necesita afirmar también ese dato mitológico. Si el Alumni es el primer equipo argentino, es decir, aquel que desplaza la primigenia identidad británica para producir una nueva identidad nacionalizada (*melting pot* mediante), debe ser también aquel que opere la transformación estilística. Detalle económico,

³⁴ Lorenzo –Borocotó, 1929.

esta operación no se nombra en la película, pero sí se muestra. La Argentina de los 50 no habla de estilo, más allá de las afirmaciones periodísticas, sino que ejercita una mitología fundada en los años 20 y de gran pregnancia y eficacia. En esos años (la época de oro del fútbol argentino, por otra parte), el discurso del estilo produce una disposición corporal en la práctica; el estilo mitológico, simplemente, se juega.³⁵ En la primera década del siglo, por el contrario, la edad dorada del Alumni, no existía el discurso ni (¿consecuentemente?) la práctica. Según todos los relatos, el juego del Alumni es un estilo clásicamente británico.³⁶ Pero el film presenta todas las escenas futbolísticas dominadas por la gambeta. Más que una operación ideológica, esta presentación posiblemente nos hable de una imposibilidad; para los actores, de jugar de otra manera.

Gesto final de una criollización anacrónica; todo el universo narrado en el film anticipa en una década una operación compleja y posterior, con actores más plurales que la comunidad británica o las figuras de la historia oficial argentina. Paradójicamente, por tratarse de un producto gestado en las matrices ideológicas del nacionalismo peronista, la difícil operación de apropiación del deporte británico durante treinta años se reduce a la acción voluntarista de un sujeto privilegiado, e *inglés*. En realidad, no hay tal paradoja: el nacionalismo oficial del peronismo acató la historiografía oligárquica, sin cuestionar la legitimidad de su relato,

³⁵ El cine argentino sobre el fútbol abona las tesis de Archetti respecto del papel del estilo en la construcción de un imaginario. Todos los personajes que juegan al fútbol son *gambeteadores*, *goleadores* o *conductores* de sus equipos, fieles representantes del *estilo criollo*. Los luchadores, los *troncos*, los *corredores*, no ocupan ningún espacio en estas ficciones.

³⁶ Testimonios del mismo Juan Brown, la figura más destacada del Alumni y de esos primeros veinte años de fútbol argentino (el primer *gran capitán* del seleccionado nacional) insisten en señalar la diferencia entre los "pases largos" y profundos de su época frente al juego corto de los años 20 y 30 en adelante (Eduardo Lorenzo - Borocotó, 1929).

insistiendo en la matriz liberal de una historia hecha por grandes hombres: Sarmiento o Watson Hutton. En ese mismo paradigma, es coherente que una historia de conflicto (el que enfrenta a las clases populares argentinas de comienzos de siglo con la administración simbólica y pragmática del deporte por parte de la oligarquía británica y nativa) se transforme en una forma cándida de la asimilación milagrosa. El actor clave de la historia deportiva argentina son las clases populares; en la ficción, en cambio, son los "ingleses locos", criollizados por acción del aire y de la tierra, "que todo lo da y todo lo merece".

Aunque los héroes populares estén desplazados, aunque la figura central deba ser este escocés devenido inglés, aunque la historia de la apropiación popular de un deporte de elite haya sido sacrificada en pos de una neutralización ideológica y sin conflicto alguno, *Escuela de Campeones* significa la incorporación del fútbol al Olimpo de las herramientas legítimas para construir una Nación. Y, por supuesto, la entrada de Watson Hutton, nuestro escocés, al Panteón de los Padres Fundadores de la Patria.

Igualitarismos

Estos productos audiovisuales de ficción exponían las esperanzas de un sector para el cual el deporte (en especial el fútbol, ya profesionalizado) se convertía en una posible ruta hacia el éxito económico y/o la fama. Los héroes deportivos, en tanto íconos del concepto republicano de igualitarismo propio de las sociedades modernas, interpelan a los ciudadanos, en su condición de simples mortales, a reconocerse en la idea de meritocracia que supone la igualdad

formal de oportunidades y de acceso a los recursos.³⁷ Y los medios de comunicación son el vehículo ideal de las sociedades de masas para escenificar las epopeyas de los héroes deportivos como una reafirmación de la creencia en la igualdad. Un buen ejemplo del período es la glorificación que se hiciera de las grandes hazañas deportivas de uno de los exponentes más mitificados: el boxeador José María Gatica, el "Mono". O en la ya citada *Pelota de trapo*: el futbolista Comeñas saca a su madre del conventillo y financia la carrera universitaria de su hermano menor; el "sueño del pibe" en su mejor manifestación. O mejor aún, en *Con los mismo colores* (Carlos Torres Ríos, 1953).

En este film se ficcionaliza la infancia de tres jugadores reales, estrellas de la *edad de oro* del fútbol argentino: Alfredo Di Stéfano, Mario Boyé, Tucho Méndez, para narrar su ascenso al estrellato y, nuevamente, su arribo a la selección nacional. Los tres niños juegan juntos en un equipo barrial, el *Encontronazo*; pero mientras Alfredo y Mario son pobres, deben trabajar para ayudar a sus madres —que suponemos viudas: no pueden ser solteras—, y el fútbol reaparece como la posibilidad legítima del ascenso social legítimo, Tucho es hijo de una familia de clase media, para la que el estudio continúa siendo el camino indicado. Y no sólo para ellos: Tucho se queja, tras un partido, "Mañana otra vez a los libros", a lo que Mario responde "Qué diríamos los que no tenemos medios para estudiar". Sin embargo, cuando Tucho es incorporado a las divisiones menores de Atlanta, el padre acepta complacido la posibilidad de que el hijo realice su sueño juvenil: ser futbolista. No hay rastros de ningún conflicto en esa elección: nuevamente, el fútbol señala un universo ampliado de *lo popular*, donde si bien las clases medias han pasado a ser un término marcado, no dejan de ser un término aceptado y

³⁷ Vale aquí recordar la diferencia esencial observada por Vittorio Dini entre los héroes mitológicos y los modernos héroes deportivos: "Cuanto más baja es la condición social y cultural de origen, mayor es su capacidad de ser representativo como héroe" (Dini, 1991: 46).

aceptable. Para ampliar este imaginario reconciliatorio, el personaje de Nené, una amiga del barrio, *niña bien* con piano de cola en la casa —como el personaje de Susana en *Los tres berretines*— flirtea con los tres amigos, antes de decidirse por Mario, del que la condición de futbolista y pobre no constituye ninguna objeción. Desde ya, la relación de esta representación, de esta reducción de las distancias entre sectores sociales, con el universo de alianza de clases del peronismo es casi obvia.

Esa obviedad debilita la película en grado sumo: si en *Pelota de trapo* el protagonista debe luchar contra continuas barreras que se interponen entre él y el éxito económico, en este film no hay barreras, apenas pequeños obstáculos. Mario es rechazado en Atlanta, para ser incorporado al día siguiente en Boca. La ausencia de conflicto que permita mover el relato conduce a introducir un pequeño incidente en torno del juego —Mario lesiona a Alfredo en un River-Boca— para permitir avanzar la narración de alguna manera. Previsiblemente, pero configurando un hecho interesante para la interpretación que estamos siguiendo, los tres amigos se reencuentran jugando para la selección argentina en un partido internacional frente a un rival que no se nombra —porque no importa. Lo importante es que la selección funciona como el espacio donde las amistades barriales pueden volver a constituirse productivamente: “son otros, pero son los mismos colores”, dice Mario antes de comenzar el partido, recordando el *Encontronazo* de la niñez. La nación aparece entonces como reproducción —ampliada— del barrio, ese lugar donde los hijos de los profesionales y los hijos pobres de las pobres viudas forjan un futuro común, sin atisbo de conflicto, sin posibilidad de desorden.

5. Modernidades

Los juegos identitarios parecieron estabilizarse en el sentido propuesto durante toda la década peronista. Pero luego de la caída del primer peronismo en 1955, este panorama sufrirá fuertes transformaciones. En primer lugar: se puede decir que los años posperonistas son un momento de inestabilidad discursiva muy fuerte, que aqueja a todos los campos.³⁸ La tensión entre la ruptura con el peronismo (con sus políticas, sus prácticas y sus imaginarios), la continuidad de algunos de sus fragmentos y el regreso en bloque a ese pasado que comienza a mitificarse determina un paisaje de ambigüedades y contradicciones permanentes. En el plano deportivo, la *desperonización* se juzga, desde las políticas oficiales, como imprescindible, reconociendo indirectamente la eficacia simbólica de las políticas pasadas. El gesto es, entonces, la *despolitización*: pero no en el sentido de proponer una imaginaria autonomía de las políticas deportivas, sino en el rumbo más drástico (y lamentable) de la desaparición de las políticas deportivas públicas.³⁹

³⁸ A modo de ejemplo, la distancia que separa los números especiales de las revistas *Sur* (1955) y *Contorno* (1956) dedicados al peronismo puede ser una buena señal de esta inestabilidad respecto del campo intelectual. Inestabilidad (fragmentación) de una unidad que había sido acuñada frente al peronismo (Terán, 1991).

³⁹ Nuevamente, estamos frente a zonas poco exploradas. Rein (1998) señala que uno de los primeros gestos de la dictadura de Aramburu es la disolución de los organismos públicos específicos. A la vez, la Revolución Libertadora interviene las asociaciones de derecho privado (AFA, COA, etc.) con el objetivo de erradicar peronistas confesos de la conducción, para luego "normalizarlas" controlando la elección de las nuevas autoridades. La participación de los planteles argentinos en las competencias internacionales se vuelve una cuestión privada, cuyo saldo (y estoy estableciendo una relación de causa-consecuencia) es una actuación lamentable en los subsiguientes Juegos Olímpicos.

En segundo lugar: en relación con el fútbol, Argentina vuelve a la competencia internacional en 1957 obteniendo el torneo Sudamericano con una actuación juzgada como brillante. Pero en el Mundial de 1958 en Suecia, luego de 24 años de aislamiento global, el seleccionado es derrotado por 6 goles a 1 por Checoslovaquia, y este hecho provoca la fractura de los relatos míticos. La superioridad de un estilo de juego, la narración que construyó una identidad nacional en torno del deporte, se ve demolida pragmáticamente. Las respuestas periodísticas al “Desastre de Malmö” —como fue llamado ese partido— pueden ser leídas, igual que en los años 20, como configuraciones discursivas fuertemente eficaces en el sentido de proponer cosmovisiones globales: la Argentina debía, en todos sus campos, modernizarse.⁴⁰ En el plano político esto significaba la supresión del peronismo, “rémora arcaizante”; en lo económico, la aparición de las doctrinas desarrollistas; en lo cultural, las transformaciones de los consumos (con la aparición de la televisión y de las multinacionales discográficas, como ejemplo no menor). En el fútbol, la modernización se llamó *fútbol-espectáculo* (la inversión económica en jugadores para incrementar la cantidad de espectadores, en continuo descenso desde la caída del peronismo)⁴¹ y la adopción de esquemas tácticos y de entrenamiento europeos, insistiendo en sumar *disciplina* a la indolencia *criolla*.⁴² Dos figuras, dos directores técnicos, son paradigmáticos: Helenio Herrera, argentino naturalizado italiano, que construye un exitoso

⁴⁰ El centro de esta configuración discursiva es otra vez, como en los 20, la revista *El gráfico* (Di Giano, 1998).

⁴¹ Las cifras más altas de ventas de entradas corresponden a los quinquenios 1946-50 (12.755 entradas de promedio) y 1951-55 (12.865 entradas). Las cifras descienden en tobogán: 1956-60, 10.783; 1961-65, 9.924; 1966-70, 7.830. En 1981-85, el promedio ha descendido hasta las 6.200 entradas por partido, con el doble de partidos jugados que en los 50 (545 partidos contra 245). Fuente: Scher y Palomino, 1988: 46-50.

⁴² Por cierto que esta contraposición entre disciplina europea (o anglosajona, según la fuente) e indolencia criolla es un tópico de nuestra cultura, para nada original en los 50. Puede verse el argumento de Ford (1994) a partir del trabajo de Biale Massé a comienzos de siglo.

equipo con el Internazionale de Milan a comienzos de los 60 en torno de esquemas defensivos cerrados y especulativos (el llamado *catenaccio*), y Juan Carlos Lorenzo, que se forma como director técnico en Italia y regresa con su título flameando, ante la admiración y la envidia de sus pares criollos. Consecuentemente, frente a tamaña aureola de modernidad, Lorenzo será el técnico de las selecciones argentinas en los Mundiales de 1962 y 1966, obteniendo sendos y nuevos fracasos.

En 1960, la película *El Crack*, de Martínez Suárez, se postula como una “vigorosa denuncia” —aunque es un mediocre film— de la mercantilización dominante. El argumento puede resumirse fácilmente: inescrupuloso (es un epíteto) dirigente fabrica un crack con un joven de extracción humilde, que finalmente fracasa víctima de la violencia de sus pares: el nuevo *crack* es fracturado en su partido debut. La película habla más sobre los deseos de una clase y de un sector (los intelectuales de la pequeña burguesía) que pretenden dar por clausurado el ciclo de expectativas peronistas: si *Pelota de trapo* significa el clímax de esas expectativas (como dijimos, *el sueño del pibe*, la igualdad meritocrática y el ascenso social legítimo), *El crack* es la denuncia de la falacia y la alienación de esas mismas ilusiones. El joven futbolista (Jorge Salcedo) quiere triunfar para poder escapar a un medio asfixiante: un conventillo, la pobreza, un padre retrógrado que maltrata a su mujer, una barra de amigos marcada por la pobreza, la alienación cultural (los únicos consumos son la radio, el fútbol, la prensa amarilla, las revistas pornográficas, el alcohol), la violencia, la pobreza lingüística. Nada hay aquí de la “riqueza espiritual” del barrio obrero de *Pelota de trapo*, ni la solidaridad transclasista de *Con los mismos colores*. Denuncia doble, la otra señal apunta a los dirigentes de fútbol, cuyo único objetivo es la maximización de la ganancia, frente a hinchas desbordados

que invierten su pasión.⁴³ Ambigüedad: desde una máquina de fabricación de imaginarios se denuncia a otra, y ambas aparecen con marcaciones de clase. El fútbol es una máquina cultural para pobres, quiere decir Martínez Suárez, mientras que su cine derrocha gestualidades pequeño-burguesas post-peronistas. /c

Mundiales

La participación en el Mundial de 1966, llevado a cabo en Inglaterra, es un punto de inflexión en la serie que intento narrar. Argentina tuvo una actuación decorosa en la primera fase, clasificando para cuartos de final. En esta instancia, debió eliminarse con el equipo local, en su cuarto encuentro en toda la historia. El partido comenzó con su carga mítica a cuestas, pero su desarrollo y finalización lo transformó en una señal fundamental de esa serie autónoma.⁴⁴ La expulsión del capitán argentino Rattin, la cuestionada actuación del árbitro

⁴³ Algo de la crítica al mercantilismo puede verse también en *El centroforward murió al amanecer*, la obra de Cuzzani filmada por René Mujica al año siguiente. Ciria (1983: 260 y ss.) trabaja la obra de teatro original de Cuzzani como una crítica antiperonista, estrenada antes del golpe de Lonardi. Nos interesa su recuperación cinematográfica, tras la caída del peronismo, coincidiendo con una discursividad pequeño-burguesa que se pretende hegemónica

⁴⁴ Porque los partidos Argentina-Inglaterra (cuatro en campeonatos mundiales, uno más en un torneo circunstancial en 1964, y pocos amistosos) construyen una serie narrativa con autonomía relativa. Algo de esto quisimos explorar en un artículo conjunto con investigadores británicos (Alabarces *et al.*, 1999b): la comparación entre las narrativas nacionales puestas en juego en relación con el fútbol en ambas culturas futbolísticas ofrece similitudes sorprendentes (el aislamiento futbolístico, la "superioridad moral", el

alemán, la derrota, la sospecha de un complot anti-sudamericano (simultáneamente, un árbitro inglés dirigía el partido Alemania-Uruguay); todos estos elementos colocaron al encuentro en Wembley en una posición privilegiada para la construcción de una saga épica imaginaria. Dos hechos se vuelven centrales para mi argumentación: el primero, la calificación del técnico inglés, Alf Ramsay, que en la conferencia de prensa posterior sostuvo que habían jugado frente a *animals*. El segundo: la recepción al equipo argentino en la Casa Rosada, tras su regreso a la patria, por parte de un nuevo presidente, el dictador Onganía, entre aclamaciones a los *campeones morales*.⁴⁵

El primer gesto funciona como articulador de una identidad paranoica radicalizada.⁴⁶ La inestabilidad de la que hablamos se resuelve en el gesto defensivo: el *Otro*, que es nada menos que el Imperio, califica negativamente, y eso permite la inversión valorativa –de *animales* a *héroes*. Para colmo, la teoría del complot ratifica todos los enunciados, en tanto se trata de estrategias de las potencias (Inglaterra y Alemania, más la FIFA, entidad dominada por los anglosajones) contra los países periféricos (Argentina y Uruguay, que se refuerzan ante la

predominio de las hipótesis conspirativas, la situación insular respecto de cada continente, el peso de los héroes, etc.).

⁴⁵ El golpe de Onganía tuvo lugar durante el desarrollo del campeonato.

⁴⁶ La omnipresencia de las explicaciones paranoicas en la cultura futbolística argentina (veremos luego su pregnancia en años sucesivos) merece una hipótesis interpretativa. Me seduce la de Jameson: “La paranoia (...) se expresa a sí misma en una producción aparentemente incansable de tramas conspirativas de las especies más elaboradas. Se puede decir que la conspiración es el mapa cognitivo de los pobres en la era posmoderna; es la figura degradada de la lógica total del capitalismo tardío, un intento desesperado de representar el sistema anterior” (Jameson, 1988: 356). A pesar de la referencia de Jameson a una “etapa posmoderna”, creo que describe adecuadamente un estado del imaginario popular tras la caída del peronismo, donde la discursividad totalizante se ausenta para dejar paso a interpretaciones fragmentarias y, nuevamente, conspirativas.

*

eliminación de los brasileños, sometidos a un concierto de patadas sin castigo, según las mismas fuentes). El segundo desplaza el enunciado paranoico hacia un plano político —la legitimidad de una autoridad institucional, aunque sea dictatorial—⁴⁷ y moral: el hecho deportivo, que puede tener una resolución pragmática medida en cantidad de goles, es superado por una categoría indiscutible, por ética. La resultante es que la excursión inglesa domina como marca imaginaria el resto de la década y el comienzo de la siguiente: los *campeones morales* seguirán cosechando fracasos a nivel de selecciones (la derrota con peruanos y bolivianos en la clasificación de 1969, un mediocre desempeño en 1974) pero a cambio obtendrán una serie exitosa en los clubes, dominando las competencias sudamericanas entre 1967 y 1974, y obteniendo los títulos mundiales de clubes en 1967, 1968 y 1973, los dos primeros contra equipos británicos. Esta serie victoriosa, basada en la violencia física como principio táctico —según fuentes periodísticas nacionales e internacionales—, permite la consolidación de un discurso nacionalista agresivo y paranoico, que ve en el fútbol una representación exitosa en contextos sociales y económicos difíciles (el tránsito de la crisis de la *Revolución argentina* a la restauración democrática de 1973 y sus avatares).⁴⁸ En última

⁴⁷ La discursividad del fútbol argentino (por parte de todos sus actores: dirigentes, periodistas, y también jugadores) nunca tuvo demasiados remilgos ni escrúpulos constitucionalistas a la hora de relacionarse con las dictaduras. Más: podría argumentarse que es una de las zonas tradicionalmente menos permeable a los discursos progresistas, a pesar de algunos gestos mínimos en contrario.

⁴⁸ Hemos relevado la cobertura argentina e inglesa de las campañas de Estudiantes de La Plata, coronadas en 1968 con el triunfo en la Copa Europeo-Sudamericana frente al Manchester United (Alabarces *et al.*, 1999a). La mirada británica es de condena, señalando una continuidad entre el partido de Wembley en 1966 y los de Estudiantes-Manchester (con otra escala en las finales por la misma copa el año anterior entre Racing y el Celtic de Glasgow, nuevamente enfrentando equipos argentinos y británicos, y también marcados por la violencia del juego), continuidad donde la violencia inescrupulosa de los argentinos es el principio constructivo.

instancia, la nueva colocación imaginaria de los discursos futbolísticos se torna isotópica con la discursividad política (que se vuelve) hegemónica: el éxito deportivo es el éxito del *pobre* contra el *poderoso*, y con las armas del pobre –la violencia, pero leída como coraje físico y solidaridad de equipo. Que el ícono de ese proceso sea un equipo de los denominados *chicos*, Estudiantes de La Plata, es significativo: en torno de un equipo con una parcialidad reducida es más sencillo construir totalizaciones inclusivas, más difíciles en el caso de los equipos llamados *grandes*. El *Otro* de Estudiantes es Gimnasia, otro equipo chico; por lo tanto, el relevo de esa identidad por una representación mayor es fácil, las voces en contrario son casi inaudibles, la metonimia es posible. Así, *El gráfico* puede preguntarse: “¿Por qué no les ponemos la camiseta argentina?” (enero 1969). O Federico Padilla puede filmar una increíble *Somos los mejores*, en 1968, donde un grupo de muchachos de barrio (Javier Portales, Luis Brandoni, Jorge Luz, Carlos Balá, Emilio Disi, Sergio Renán) acompañan a Estudiantes hasta Manchester para ver el partido final, y luego de distintos incidentes relacionados con el choque de culturas, festejan alborozados la nueva condición anunciada en el título. El *somos* designa la Nación, bravamente representada en un gol de Conigliaro, en las patadas de Bilardo o Manera, o en los festejos de

La mirada local, en cambio, es profundamente chauvinista, con el fútbol reponiendo los éxitos internacionales que ningún otro producto podía obtener. Al mismo tiempo, los triunfos de Estudiantes son presentados como un generador de alegrías, en un momento en que un contexto doble (uno, interior a la serie deportiva: los fracasos de la selección; el otro, exterior: la crisis económica, la inestabilidad política) parece revelar sólo preocupaciones. En setiembre de 1967, luego del triunfo de Racing ante Celtic por la Copa Europea-Sudamericana, Carlos Fontanarrosa, director de *El Gráfico*, editorializa: “las grandes alegrías que el país demuestra son casi siempre provocadas por hazañas como las que hoy Racing ha realizado. En un país preocupado las grandes alegrías se refieren al quehacer deportivo” (*El Gráfico*, 5/9/67: 3)

estos humildes muchachos argentinos que han cruzado el océano para *hacer el aguante* patriótico.⁴⁹

Esta exacerbación paranoica significa una relocalización del imaginario deportivo, que supone la utilización del éxito como celebración vicaria de aquello que se ausenta pragmáticamente. El deporte repone la victoria que falta. Esta distancia habla de una ausencia y de una discordancia, nos permite señalar una diferencia y una isotopía. La primera: respecto del peronismo, donde el deporte ratificaba (o se presentaba como ratificación) de lo que la política exhibía. La segunda: esta presentación de un triunfo simbólico donde la realidad político-económica escamotea cualquier “festejo”, es isotópica con el juego discursivo de la dictadura de la “Revolución argentina”, que se proclama virulentamente nacionalista —y así puede incorporar fácilmente la categoría de “campeones morales”— al mismo tiempo que profundiza, en la gestión Krieger Vasena, la des-nacionalización de la economía, o se sujeta a los dictados de la política exterior norteamericana. De esta manera, el nacionalismo deviene pura retórica, el antiimperialismo se limita a devaneo deportivo.

Esta serie argumentativa comienza a cambiar de signo hacia 1973, con el triunfo local de Huracán bajo la conducción de un técnico joven, pelilargo y vagamente izquierdista, César Luis Menotti.⁵⁰ Huracán, un equipo de los considerados “chicos”, obtiene brillantemente el campeonato de 1973 jugando un fútbol que se reivindica como *clásico*, recuperador de las *tradiciones* del fútbol argentino.⁵¹ Las relaciones entre la cultura futbolística y el clima político

⁴⁹ La expresión *hacer el aguante* es aquí un exceso anacrónico: en la cultura futbolística no aparece hasta la década del 90.

⁵⁰ La afiliación de Menotti al Partido Comunista argentino circula como rumor en esos años, para ser confirmada recién después de la dictadura.

⁵¹ El clima juvenilista de equipo y técnico, ideal para el clima de época, se vio acompañado por la asignación — hasta donde se sabe, real— de simpatías montoneras entre sus hinchas. Ver Archetti y Romero, 1994.

del momento son, sin embargo, más opacas que en cualquier otro período analizado. La razón es sencilla: la politización de la sociedad argentina desplaza todo otro argumento, las discusiones han pasado a desarrollarse en el lugar correcto —la esfera política. El estadio se propone sólo como un lugar de épicas parciales (el triunfo de Huracán en 1973, el campeonato de River en 1975 luego de dieciocho años sin triunfos) o de conflictos politizados de manera directa (las huelgas de jugadores de 1971 y 1975, que asumen características de los conflictos sindicales clásicos por la firma de un convenio colectivo de trabajo, isotópicamente con las luchas reales de los trabajadores argentinos en ese período). Si bien es un momento de proliferación de los argumentos nacionalistas —con la aparición del slogan oficial “Argentina Potencia”—, y de fuerte intervención del Estado sobre las instituciones futbolísticas —el Interventor de la AFA será colocado por los sectores sindicales, especialmente los metalúrgicos: Paulino Niembro y David Bracuto—, el fútbol aparece limitado a su espacio autónomo. Cuando en 1974 se participe en el Mundial de Alemania, la atención será puramente deportiva: a pesar de que ese Mundial es el primero televisado en directo con participación argentina,⁵² la actuación de la Selección no consigue desplazar la serie política, especialmente porque coincide con los últimos días de vida del presidente Perón. A tal punto que, producido el fallecimiento de Perón durante el campeonato, saludablemente, el último partido del seleccionado no será televisado.⁵³

La designación de Menotti como técnico del seleccionado argentino en 1974, tras el nuevo fracaso en el Mundial de Alemania, significó el inicio de otro ciclo: los éxitos deportivos entre 1974 y 1982, obteniendo un primer título mundial en 1978 y el campeonato del mundo juvenil

⁵² El primer Mundial televisado vía satélite fue el de México en 1970, donde no participó la Argentina.

⁵³ Como prueba del contraste, el 25 de marzo de 1976, al día siguiente del golpe de estado, la dictadura autoriza la transmisión del partido amistoso entre la selección nacional y el equipo soviético, en Kiev.

en 1979, se sustentaron en la supervivencia poderosa del relato mítico original. Menotti construyó una discursividad fuertemente anclada en el relato originario del estilo argentino, repudiando el ciclo que describimos anteriormente como una desviación respecto del mito. Turner ha señalado que este discurso esencialista coincide, ideológicamente, con el momento en que la dictadura militar argentina defendía “el tradicional estilo de vida argentino” contra la “amenaza comunista”; sin embargo, el discurso de Menotti ha sido considerado, paradójicamente, como *de izquierda* por cierto periodismo “levemente progresista” (Turner, 1998). Lo cierto es que la asociación entre éxito futbolístico y *representación patriótica* alcanza, en esos años, una presentación hiperbólica, debida principalmente a cuatro factores: uno, la asociación con el nacionalismo agresivo y fascitizante de la dictadura (nacionalismo contradictorio, por cierto, que renuncia al antiimperialismo para demonizar los vecinos, aunque culmina en la locura malvinera); dos, la supresión de la serie política, en tanto todo el espacio social es ocupado por la represión dictatorial, obligando a formaciones culturales diversas a asumir funciones en otro momento desempeñadas por actores políticos *estricto sensu*;⁵⁴ tres, el creciente peso de los medios de comunicación en la configuración de la oferta de bienes simbólicos (y los medios, especialmente la televisión y la radio en manos gubernamentales, no pueden ni desean proponer una discursividad alternativa); por último, la aparición de un símbolo de la eficacia y pregnancia de Diego Maradona.

El nacionalismo futbolístico alcanza su pico en el Campeonato Mundial de 1978 realizado en la Argentina. Pero se trata de un nacionalismo en el que podemos acceder a un solo soporte: el discurso oficial. Toda otra palabra, en el contexto de la dictadura, queda silenciada. Los testimonios sobre el Mundial que señalen un grado máximo o mínimo de distancia sólo

⁵⁴ Así, por ejemplo, el rock pasa a ocupar las funciones que la militancia desempeñaba entre los sectores juveniles (Alabarces, 1993).

aparecen hacia el final de la dictadura, cuando el campeonato comienza a transformarse en una metáfora del ocultamiento y el silencio, frente a, como veremos, su simbolización como júbilo, festejo y unitarismo en el momento de su realización. Frente al Mundial, en el clima exitosamente represivo que la dictadura instala desde 1976, sólo caben dos voces disidentes: la del exilio, que no circula en la Argentina y que no nos sirve como fuente para interpretar la lectura interna del fenómeno —justamente por su condición exterior—; y la del ya entonces nombrado como “movimiento del rock nacional”, que en su publicación más exitosa y representativa, la revista *Expreso imaginario*, opta por la más radical de las disidencias: el silencio absoluto. El *Expreso...* no hace ninguna mención del torneo en todo el año 1978. Por posición —en un momento en que el Mundial domina todas las textualidades— el gesto rockero funciona alternativamente (Goldstein y Varela, 1990).

Por el contrario, el discurso oficial es legible en todos los soportes, clausurando todo el sentido. La clausura es explícita: toda crítica, incluso la puramente deportiva, está vedada por una circular gubernamental (Gilbert y Vitagliano, 1998). Meses después del torneo, el film *La fiesta de todos* (Sergio Renán, 1979) se encarga de compilar y exhibir buena parte de los argumentos convocados. El sintagma dominante es *todos*, soportado por un nosotros universal que se hace presente en los primeros enunciados: “nosotros, los argentinos” es el pronombre que conduce la narración.⁵⁵ Pero ese *todos* debe señalar las fisuras, porque no hay identidad nacional sin *otro* significativo: la otredad se designa como un enemigo que juega en lo interno y en lo externo (en alusión a la pretendida “campana antiargentina”) a través de la malevolencia y el escepticismo. El tratamiento de los rivales es respetuoso, hasta llegar al final, donde la xenofobia se manifiesta en la voz de Luis Landriscina de manera desembozada:

⁵⁵ Esa totalidad postulada también es legible en el texto de la “Marcha del Mundial”: “Veinticinco millones de argentinos/jugaremos el Mundial...”.

Era inevitable. Nuestra alegría significaba la tristeza de los brasileros. Y bueno. En otros tiempos, ellos festejaban como si fueran carnavales sus victorias, mientras nosotros nos conformábamos con ser campeones morales.⁵⁶

Corrección al fin (no olvidar que la dictadura impone una moralina cerrada), las imágenes de los festejos desplazan el canto original (“Ya todos saben que Brasil está de luto/son todos negros/son todos putos”) por un increíble “Se van para la B...”, suprimiendo la clásica referencia homofóbica —y en el mismo movimiento, racista— de las hinchadas argentinas. En términos de género, las mujeres deben incluirse, porque el *todos* es demasiado poderoso para soportar su exclusión, aunque la inclusión femenina se produzca con la exclusión del saber deportivo, con la incorporación de un público que sólo defiende una bandera y unas preferencias erótico-estéticas: la mujer “invade y alegra los estadios”, para elogiar “la pinta de Paolo Rossi” (“con los ojos que tiene...”).⁵⁷ Pero, homofóbicos al fin, las operaciones de inclusión —casi— universal revelan un nuevo *otro* insospechado: la exclusión se produce sobre

⁵⁶ Landriscina funciona en el film como el principal narrador (en términos de la cantidad de entradas, y de la centralidad de sus textos). Una posibilidad de trabajo: la recurrente relación planteada entre la figura de Landriscina y los argumentos nacionalistas, a partir de su asociación metonímica con el interior del país, por su condición de provinciano y por sus “habilidades telúricas” (la narración oral). Incluso en la publicidad: parece no haber mejor figura para publicitar yerba mate, que se presenta como un símbolo de argentinidad. Su asociación con la figura de Soledad Pastorutti, en los últimos tiempos, operaría como una duplicación del símbolo.

⁵⁷ El menosprecio disfrazado de reconocimiento que el film practica con el público femenino llega a su clímax con una intervención de Martha Lynch, quien afirma: “Ya el fútbol había pasado a ser una cosa más importante que *las vidrieras y las peluquerías*” (el subrayado es mío).

el homosexual, en la figura de un peluquero que se niega a dejar de ver un teleteatro frente a sus clientas que reclaman el partido Argentina-Brasil.

Un segundo elemento excluido del *todos* es significativo. Frente a un clima representado de “alegría, solidaridad y confraternidad”, la única disidencia está señalada por la presencia de aquél que hace negocios: el hecho comercial del Mundial está minuciosamente expurgado del film, para el que el torneo sólo significa un escenario de afirmación patriótica y deportiva. Con una excepción: un vendedor de banderas y vinchas argentinas, que sube y baja sus precios de acuerdo a los vaivenes deportivos. Oficio popular y tradicional, el “busca” que vende informalmente en la entrada y salida de los estadios es catalogado, en la lógica de la película, como el único actor cuyo objetivo es la maximización de la ganancia económica, no la simbólica. A la luz de los hechos —el gigantesco negocio que significan los Mundiales, y la corrupción extendida que rodeó a la organización de éste en particular— este señalamiento no deja de causar escozor.

La narración del film se confía a “artistas populares” (Nélida Lobato, Landriscina, como locutores; Juan Carlos Calabró, Ricardo Espalter, Mario Sánchez, el inefable Luis Sandrini, como actores de precarias ficcionalizaciones) y a periodistas deportivos (Néstor Ibarra, Enrique Macaya Márquez, Diego Bonadeo, Héctor Drazer) o generales (Roberto Maidana). Pero el cierre, allí donde el discurso celebratorio y narrativo cede paso a un explícito acento ideológico, se le confía a un intelectual, que funciona aquí como intelectual orgánico de la dictadura: se trata del “historiador” Félix Luna, que a un costado de los festejos por el triunfo enuncia a la cámara la interpretación oficial:

“Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común, sin que

nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de algunos signifique la pena de otros...”

A lo que el locutor agrega como coda: “Esta fue nuestra mejor fiesta. Porque fue la fiesta de todos”.⁵⁸

Caben aquí como cierre dos señales. La primera: ¿cómo interpretar las manifestaciones espontáneas de júbilo que inundaron las calles de Buenos Aires tras los dos últimos partidos? Es imposible generar empiria que apoye o resista ninguna interpretación, lo que convierte a toda apuesta en conjetural. Las entrevistas a participantes en los festejos están marcadas por la distancia temporal, que en la historia argentina significa estar atravesados por la conciencia de la dictadura. No hay informante que pueda evitar esa marca: recordar los festejos significa inmediatamente acotaciones del tipo “no sabíamos lo que estaba pasando”, “nos usaron”.⁵⁹ La textualidad de la época, dominada por el doble mecanismo de la censura-autocensura, no ofrece ninguna garantía. Como uno de los pocos elementos disponibles está el hecho de que las manifestaciones evitaron la politización: salvo un grupo de estudiantes secundarios el día siguiente de la final, que se dirigieron a la Plaza de Mayo y reclamaron la presencia del dictador Videla, no hay en los festejos ninguna marca que permita suponer un desplazamiento de lo futbolístico a lo explícitamente político. La dictadura no se celebra en las calles ni en los estadios: por el contrario, apenas dos años más tarde el dictador Viola es celosamente silbado en el estadio de Rosario Central. Bayer (1990) avanza en esta línea al proponer la

⁵⁸ El análisis de otros textos contemporáneos apunta en el mismo sentido del que planteamos en torno del film, en cuanto a proponer la construcción de un nuevo *nosotros universal*. Ver, por ejemplo, el discurso de Videla por cadena nacional al día siguiente de la final (reproducido en Scher y Palomino, 1988: 173-4).

⁵⁹ Testimonios obtenidos en entrevistas a hinchas argentinos entre 1996 y 1998.

interpretación opuesta: los festejos funcionan como forma de recuperar la calle como espacio público, espacio clásico de la política argentina del que la sociedad ha sido desalojada por la fuerza, y que reconquista con un “dispositivo de astucia”.⁶⁰ Si superamos la clásica asociación entre política y deporte abonada por Brohm (1982) y epigonalmente por Sebrelí (1981, 1998), según la cual toda manifestación de masas señala en la dirección manipuladora, la lectura de Bayer es una conjetura seductora.

La espontaneidad de los festejos (no hubo ningún tipo de convocatoria al festejo, ni oficial ni massmediática) es un dato que entendemos clave para establecer una interpretación. Los actores parecen leer rápidamente una fisura en el control, e instituyen así un mecanismo doble: la re-ocupación del espacio público, y el auto-reconocimiento en una multitud (la primera, vale recordarlo, desde antes del golpe militar). Las manifestaciones, asimismo, diseñan recorridos múltiples, no se limitan al obelisco y sus adyacencias: ocupan espacios barriales, como el Parque Patricios. Por último, y como prueba contrastante que ratificaría la interpretación desarrollada, al año siguiente el equipo argentino obtiene el Campeonato Mundial Juvenil de fútbol en Japón, el mismo día en que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) comienza sus actividades de investigación en Buenos Aires sobre la situación de los detenidos-desaparecidos. En este caso, los medios convocan explícitamente a la manifestación del festejo: Julio Lagos desde Radio Mitre, José María Muñoz desde Radio Rivadavia y José Gómez Fuentes desde ATC invitan a sus públicos a un festejo callejero en Plaza de Mayo, con la colaboración del Ministerio de Educación que decreta un asueto estudiantil. En el caso de Muñoz, ese festejo (esa convocatoria) se politiza radicalmente: “Vayamos todos a la Avenida de Mayo [donde funcionaba la oficina de recepción de denuncias, en el número 760] y

⁶⁰ La referencia es a de Certeau (1996), referencia que no está en Bayer.

demostramos a esos señores de la CIDH que la Argentina no tiene nada que ocultar".⁶¹ La aparición de esta convocatoria explícita señala, por oposición, la espontaneidad de lo ocurrido un año atrás, y la necesidad de un aparato de poder por restablecer sus mecanismos de control, por codificar lo que puede significar autónomamente. Como último dato: las fuentes coinciden en que no se produjo ninguna agresión ni desorden contra los denunciantes ante la Comisión, que formaban largas colas sobre la misma Avenida en la que se desplazaban los manifestantes.

Segunda señal: a pesar de esta interpretación, que vería en las manifestaciones una forma desviada de la contestación, la memoria del Mundial funciona en la sociedad argentina como un lastre significativo. Deportivamente: el triunfo por seis goles contra Perú en la rueda semifinal, que permite el paso de Argentina a la final desplazando a Brasil, es reiteradamente calificado como producto de un acto de corrupción, de negociaciones gobierno a gobierno, de sobornos masivos (Gilbert y Vitagliano, 1998); esta posibilidad, que la memoria de la dictadura alimenta, impide incluso el simple goce de un triunfo deportivo legítimo. Políticamente: como señalamos anteriormente, el Mundial comienza a ocupar, al final de la dictadura, el lugar de un símbolo del ocultamiento, del escamoteo, de la estupidez colectiva. Vale como muestra la aparición reiterada de las imágenes del Mundial en fragmentos de films de la transición democrática: un televisor encendido que quiera funcionar indiciariamente estará mostrando esas imágenes, designando de manera rápida todo el período dictatorial. En dos films en particular, esa posición se vuelve central: en *Hay unos tipos abajo* (Alfaro y Filipelli, 1985) los sonidos mundialistas sirven de eco persistente a la amenaza del secuestro; en *La deuda interna* (Pereira, 1987) el Mundial permite la aparición del televisor puneño, y motiva la separación más radical entre el maestro conciente (Juan José Camero) y los públicos manipulados por un patrioterismo banalizado. En el mismo sentido, la cobertura periodística del vigésimo

⁶¹ Fuente: *Página/12*, 29/8/99: 16-17.

aniversario de la obtención del título (durante julio de 1998) manifiesta esta inestabilidad: ni aún a la distancia —o peor, porque la distancia significa más conocimiento y no mayor olvido— el Mundial puede celebrarse con plenitud. Como ejemplo: la revista *Noticias* titula en tapa con la “pregunta incómoda”: “¿Y vos, papá, que hiciste en el Mundial '78?”.⁶²

Ficciones

En esta serie, el *crescendo* patriótico-deportivo entre 1966 y 1978, no llega a alcanzar su plenitud en el Mundial de 1982. Porque la participación argentina es un fracaso;⁶³ pero especialmente, porque la guerra de Malvinas coloca la serie en su justo lugar, y revela que frente a las guerras reales los enfrentamientos simbólicos no funcionan más que como placebos. Lo que se agiganta es la colocación de las disputas deportivas en el contexto internacional, que aún no se llama global: el Mundial de España de 1982 inicia una nueva serie autónoma, donde la asociación entre fútbol y televisión pasa a ser central en la configuración del espectáculo, y donde la presentación hiperbólica de los nacionalismos se magnifica en miles de millones de pantallas.⁶⁴ En ese momento, el análisis de una novela nos puede permitir algunas hipótesis sobre un estado del imaginario.

⁶² *Noticias*, XXI, 1119, Buenos Aires, 6/6/98: 110-114.

⁶³ ¿Un castigo mítico por la corruptela sospechada en 1978?

⁶⁴ Se pueden asignar dos hitos subsiguientes en esta serie: el Mundial de Italia de 1990, que la sociología europea coincide en señalar como un punto de máxima plenitud en una nueva escenificación espectacular del fútbol (Dunning, 1999; Armstrong y Giulianotti, 1997); y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992, llamados “los Juegos de la comunicación” por Moragas (1992)

En su segunda novela, *El área 18*, Roberto Fontanarrosa incursiona en este mundo del fútbol (Fontanarrosa, 1982). Si bien el registro paródico tradicional de Fontanarrosa domina la escritura —especialmente, en torno de los clichés de la novela de espionaje y los *best-sellers* (justamente, Best Seller es el nombre de su protagonista, un mercenario sirio)—, el principio constructivo de la trama se desplaza hacia una clave metafórica, donde la relación entre el fútbol y la construcción de una nacionalidad ocupa un espacio central. En la trama, Best Seller es contratado por una multinacional norteamericana, la Burnett, a los efectos de liderar un equipo de fútbol, reclutado entre jugadores provenientes de diversas partes del mundo —no faltan un argentino, un brasileño, varios europeos, que arrastran tras de sí todos los estereotipos de sus respectivos *estilos nacionales futbolísticos*—. El objetivo de ese combinado variopinto, más parecido a una corte de los milagros, es enfrentar en un desafío al equipo nacional de Congodia, “un pequeño principado entre Kenia y Somalia” (*idem*: 42).

Congodia es un país joven, independizado de los árabes medio siglo atrás, tras sucesivas dominaciones europeas. Congodia no tiene historia previa a su invención como país: es un conglomerado de tribus y lenguas que se unifica en torno al fútbol. Porque la independencia de Congodia se juega al fútbol, en un partido en que los congodios vencen 4 a 1: el héroe de la independencia es entonces uno de sus jugadores, “Paulo Arigós Brizuela do Botafogo, Mariscal del Área” (*idem*: 45).

“De esta forma (...) los congodios comprendieron o entendieron cuál era la manera de conseguir cosas. De obtener cosas que no podían conseguir por otros medios. Comenzaron a concretar partidos de fútbol con sus países limítrofes, primero por rebaños de cabras, por partidas de semilla para la agricultura, por permisos para cazar en cotos vedados. Luego por zonas alledañas, por aldeas fronterizas en litigio. Hasta que hace 15 años le ganaron la salida al mar a Kenya en un partido tremendo que

finalizó 2 a 1 y donde Congodia apostó toda su población de leopardos (...) contra un corredor de tierra que la conectara con el Índico” (*ibidem*).

En Congodia no hay torneos internos, a los efectos de galvanizar la unidad nacional, de evitar las controversias y los antagonismos:

“Sólo existe un equipo nacional, adiestrado como un conjunto de astronautas, reverenciado e idolatrado por toda la población. Y por si todo esto fuera poco (...) no sólo se juegan un prestigio y una honra nacional, sino que se juegan la propia subsistencia como país, la propia economía” (*idem*: 61).

En esta serie, el narrador asegura que los partidos de Congodia no se rigen por la FIFA, sino “por la Convención de Ginebra del 32” y que su himno nacional es “la recopilación musical de la transmisión de todos los goles que ha convertido el equipo nacional hasta el momento” (*id.*: 63). Ya disparado el efecto desmesurado del relato, el narrador acumula datos isotópicos para la serie: la calle principal de la capital congodia se llama Paulo Naram N° 5, en homenaje a un célebre *centre-half*; el Museo recoge el monumento al juez de línea y a la barrera, óleos (“en la escuela de Delacroix” —*id.*: 154—) que homenajean partidos históricos, banderas de estadios, hasta una urna conteniendo un fémur. El partido que disputará el equipo de Best Seller se integra en la misma continuidad: la Burnett se juega el permiso para una base de misiles, mientras que Congodia busca la concesión exclusiva de una marca de gaseosas para vender en toda África. Finalmente, después de diversos avatares donde la clave paródica por exceso predomina, el partido se realiza. La acotación final de Fontanarrosa consiste en que, durante el mismo, cada jugador del *team* mercenario se comportará como su estereotipo estilístico lo exija, estereotipo narrado desde una percepción sudamericana: los europeos sólo

pueden aportar su rudeza, mientras que el argentino, Garfagnoli —contratado con el argumento de funcionar como “padrillo reproductor” de jugadores de fútbol en el mercado norteamericano para el Play Boy Club—, ratifica corporalmente una identidad indudable:

“Pisó el balón y lo retrotrajo por detrás de su pierna izquierda, lo impulsó apenas hacia delante con la punta del botín y de inmediato lo volvió a sepultar bajo la suela de su zapato diestro para devolverlo al lugar de partida de la misma forma en que un gato podría jugar con un ratón moribundo. La parte superior del torso del argentino se insinuó hacia la derecha como para emprender la carrera pero fue tan solo una finta, la ilusión de un movimiento, el espectro móvil de una intención. La cintura tornó a quebrarse y Garfagnoli salió limpio hacia su propio campo con el balón misteriosamente adosado a la capellada de su botín derecho” (*idem*: 249-250).

Desplazamiento metafórico: sobreimpreso en la parodia, el principio dominante de buena parte de las ficciones de Fontanarrosa, la novela se organiza en torno de un enunciado apodíctico. *El fútbol es la patria*. El desplazamiento es, por supuesto, hiperbólico: el fútbol, en este caso, inventa la patria. Frente a toda la teoría sobre el nacionalismo, frente a la multitud de casos analizables donde los factores de integración se revelan complejos y múltiples, Congodia es una nación y un estado sólo porque el fútbol lo permite. El fútbol no refuerza, como en otros casos nacionales, los mecanismos de afirmación identitaria, sino que desplaza a cualquier otro procedimiento para ser, luminosamente, el centro organizador de una *comunidad imaginada*. Doblemente: por ficcional y por nacional.

Pero la Congodia de Fontanarrosa también implica, en la metáfora, una parodia, en este caso no genérica. No es el género deportivo lo parodiado (decía más arriba: el registro es la novela de espionaje y aventuras en claves lejanamente políticas), aunque muchos textos del

rosarino cabalgan sobre estos formatos —especial y magistralmente, la serie “Semblanzas deportivas”—. La parodia apunta aquí a una discursividad, o mejor aún, a una formación ideológica: aquella que construye nacionalidades fervorosas a través de las prácticas deportivas, privilegiadamente el fútbol, con un fuerte peso de los estereotipos estilísticos como definidores *per se* de una pertenencia nacional o al menos continental. Y hablo de parodia porque en el desborde, en la desmesura que plantea Fontanarrosa en el universo narrado, puede hablarse de la distancia que el mecanismo paródico exige. La visión de Congodia es ácida y se extiende, a través de marcas diseminadas, a toda glorificación chauvinista: piénsese, por ejemplo, en esa acotación según la cual los óleos del Museo Histórico de Congodia revelan la influencia de Delacroix (podría decirse: del peor Delacroix, o mejor aún de David). Pero el guiño de Fontanarrosa, el gesto que destaca esta novela sobre las otras,⁶⁵ es una mirada cómplice a la vez que crítica: detrás de Congodia no está África, sino más ampliamente toda la estructuración nacionalista de las afiliaciones futbolísticas de la periferia. Incluso, evidentemente, la argentina.

Congodia obtiene su independencia, su salida al mar, sus concesiones petrolíferas, en partidos de fútbol. Soluciona sus conflictos limítrofes en partidos de fútbol. Realiza, en suma, en el plano de lo real —historia, política, economía— aquello que la dramaticidad del fútbol repone en el plano de lo imaginario. El fútbol de Congodia es performativo políticamente, cuando el fútbol real lo es sólo imaginariamente. Cuando Congodia derrota a Kenya 2 a 1,

⁶⁵ En *Best Seller*, en *La gansada*, y también en *El área 18*, las posibilidades de la parodia revelan también sus límites: cuando el mecanismo se reconoce, el límite de la saturación está cercano. Creo que el mismo Fontanarrosa es consciente de ese límite: sus últimos libros de relatos tienden a suprimirla, a trabajar más acentuadamente el registro costumbrista (para calificar esquemáticamente recursos variados de construcción de un imaginario cultural masculino).

obtiene su salida al Índico; cuando Argentina vence a Inglaterra por penales en Francia 98, las Malvinas persisten, tercamente, Falklands.⁶⁶ Aunque para la multitud que se congregó frente al Obelisco las islas hubieran sido, provisoriamente, en la fugacidad de lo simbólico, vengadas. Fontanarrosa señala magistralmente dos direcciones paralelas: que esa eficacia performativa es sólo posible en el plano de la ficción, pero que al mismo tiempo es la tentación permanente de todo imaginario futbolístico.

Como, lejos de Fontanarrosa, sin saber que hablaban de su texto, dicen Duke y Crolley:

“Relatos de hazañas legendarias de jugadores internacionales del pasado, nunca vistos y nunca olvidados, pasan de generación en generación. En casos extremos de naciones invadidas o anexadas por un estado vecino, el legado de partidos internacionales previos se transforma en la confirmación de que la nación realmente existió, y que en efecto aún existe” (Duke y Crolley, 1996: 5)

⁶⁶ A pesar del clásico entusiasmo (ya un *leit motiv* enunciativo) de Héctor Ricardo García, que llevó a la pantalla de *Crónica TV* a proponer el cartel “Las Malvinas son Argentinas”. Estos desplazamientos intolerables de la ilusión a la facticidad son los que motivan la incomodidad que refería al comienzo de este trabajo.

IV. MARADONISMOS Y POSMARADONISMOS

La figura de Maradona es central en el relato nacionalista futbolístico de los años 80.⁶⁷ De manera sintética, y en relación con los problemas que estamos tratando, Maradona funciona como “centro luminoso” de la referencialidad *patriótica* del fútbol argentino, centro que aglutina toda la serie anterior hasta la hipérbole:

Maradona (...) también ofreció la posibilidad de apropiarse de un sentido errante: el de una sociedad que ve derrumbarse en lo político sus referencialidades más elementales. Maradona fue la (¿última?) posibilidad de otorgarle a la patria un sentido cuyo anclaje históricamente ha sido objeto de disputa. Pero una posibilidad imprevisible: en primer lugar por la propia ambigüedad de sus entradas y salidas del universo futbolístico, ya sea en su desempeño profesional como en la deriva de sus amistades y/o de sus opiniones políticas que hicieron de él un objeto codiciable. Pero también (y quizás sea éste el elemento más interesante) porque su condición errática permitió la posibilidad del ejercicio de la *función compensadora* de la memoria

⁶⁷ Básicamente, ver Archetti (1997, 1998, 1999), Rodríguez (1996, 1998) y Alabarces (1996). En la bibliografía internacional, es irremplazable el trabajo de Vittorio Dini (1991). Más ampliamente, sobre el rol de los héroes deportivos, Holt *et al.* (1996). El hecho de que la película oficial que narra el campeonato Mundial de 1986 se llame *Héroes* indica que la lectura de Maradona reclama esta clave.

colectiva (en términos de Baczko), es decir de la actualización de los valores considerados como esenciales para la identidad y la cultura nacionales a través de mecanismos no lineales ni unificados de significación (Alabarces y Rodríguez, 1997).

La simbolización nacional de Maradona señala tres momentos de clímax, coherentes con nuestros argumentos hasta aquí: en el Mundial 86, el héroe victorioso vence al enemigo máximo de manera máxima (los dos goles contra Inglaterra, el primero un “pícaro y criollo” engaño, el segundo una “obra de arte” de la gambeta y la habilidad “nacionales”); en el Mundial 90, el héroe amenazado se sobrepone al dolor hasta ser abatido por la injusticia y la persecución del poderoso (la *injusta* derrota contra Alemania en la final); en el Mundial 94, el héroe es finalmente doblegado por la persecución de todos los poderes terrenales –incluida la CIA, en la versión grotesca de la novela de Niembro y Llinás (1995). La novela *Inocente* relata en clave ficcional pero con un guiño realista un complot de la CIA y la FIFA para impedir el probable triunfo argentino (porque Maradona es un indisciplinado enemigo de la FIFA y amigo de Fidel Castro) o colombiano (porque es un país de narcotraficantes). La CIA, entonces, contrata un sacerdote que le dará a Maradona una hostia con efedrina el día del partido, aprovechando la fe religiosa de Diego; y un brujo que, gracias a la credulidad de los colombianos, les proporciona una “crema mágica” que, en realidad, disminuye su rendimiento.

Si aceptamos ese grado máximo de la simbolización nacional en torno a Maradona, la pregunta subsiguiente es por su reemplazo. En un reciente trabajo Archetti radica parte de la eficacia de la epicidad nacional de Diego Maradona en su continuidad con la tradición mitológica. Allí señala que “en una escena global donde la producción de territorios e identidades locales se supone difícil porque los mundos vividos de los sujetos locales tienden a devenir desterritorializados, diaspóricos y transnacionales” (Archetti, 1996: 15), la continuidad del mito del estilo argentino encarnada en Maradona permitía la supervivencia de una

identidad. Sin embargo; la *localización* en escenarios globales con la mediación del héroe, investido de representación nacional, entra en crisis con la salida de Maradona de la escena. La exclusión del Mundial '94 coincidió con la eliminación del equipo argentino en octavos de final, proponiendo una relación causa-efecto temporal que también fue leída en lo factual. Maradona, expulsado del Mundial, arrastra a la Nación toda; a partir de allí, la única mercancía argentina exitosa, simbólica y corporal, se depreció en el mercado global para devolver a la Argentina a su tradicional —y poco relevante— lugar de productor de alimentos y débil exportador de bienes con bajo valor agregado. El relato mitológico del fútbol argentino, mezcla de éxitos y héroes, de estilos originales y sabias apropiaciones, se vio, de improviso, desprovisto de toda referencialidad.

Los años que siguen ejemplifican ese cuadro. Maradona se transformó en un jugador asistemático; su erraticidad semántica abandonó las líneas políticas progresistas y pareció encontrar un lugar más estable junto a los repertorios del neoconservadurismo populista; pero además, al descender a la escena local, su estatura mítica se redujo, desapareciendo como núcleo de representación de la nacionalidad.⁶⁸ Maradona representa con holgura la Nación mientras juega en Europa y viste la camiseta argentina (sumada a la doble representación de que se inviste en el Nápoli, donde enfrenta a los clubes poderosos del norte de Italia encarnando una épica clásica del “débil vs. poderoso” redundante con las paranoias argentinas). Pero cuando desciende al mundo de lo local, la camiseta de Boca Juniors ancla una localización exacerbada. En sus visitas en el interior de la Argentina, se produce un fenómeno interesante: es aturdido por el cariño del público fuera del estadio, y minuciosamente abucheado dentro de la cancha. La estatura mítica cede paso a la terrenalidad de la afiliación partidaria.

⁶⁸ “Maradona revisitado”, en Alabarces y Rodríguez, 1996: 53-57.

Tras la salida de escena definitiva del mito maradoniano, el escenario cambia por completo. Los jugadores argentinos, si bien continúan siendo exportados masivamente al fútbol europeo, ya no son figuras excluyentes, ni revistan, con contadas excepciones, en equipos de primera línea. La saga victoriosa del Nápoli conducido por Maradona a la cumbre es, nuevamente, un ejemplo imposible de repetir. El acceso masivo a la programación deportiva internacional, por la extensión explosiva de los servicios de televisión por cable, permite a los públicos argentinos constatar cotidianamente la exclusión del fútbol nacional de los nuevos estadios globales. Como remate, la selección pos-maradoniana reitera sus ciclos de ineficacia y trastabilleos.

Toda la serie que hemos presentado hasta aquí parece fracturarse. La ruptura es, en síntesis, de la capacidad acumulada del fútbol argentino para señalar la nación. Porque esa caída del héroe no se produce en cualquier momento, sino en la etapa global del capitalismo occidental. A la pregunta ¿cómo entrar a la globalización?, ¿cómo marcar la colocación local, como imprimir una marca de sentido propio al flujo de discursos transnacionalizados?, la Argentina no puede responder adecuadamente.

Renato Ortiz señala que la globalización desvía el peso tradicional de los discursos (y las mercancías) basadas sobre el imaginario de lo nacional-popular, hacia la constitución de un imaginario *internacional-popular*. En ese nuevo marco, los símbolos tradicionales de la fundación del Estado-Nación brasileño —samba, carnaval, fútbol— dejan su lugar a las nuevas mercancías globalizadas: la publicidad, los melodramas televisivos, la Fórmula 1 (Ortiz, 1991). Es interesante que en esa serie, que reemplaza bienes fuertemente marcados por las clases populares por bienes básicamente massmediáticos, reaparezca el deporte y la heroicidad: Ayrton Senna, tricampeón mundial, mártir del automovilismo global, héroe patrio en Brasil. La cultura brasileña parece haber hallado su modo particular de globalizarse: la continuidad de un modelo de penetración en los mercados universales a través de la producción de bienes simbólicos con ventajas comparativas: Ronaldinho, antes que el mejor, el jugador más caro del

mundo. Pero también este ejemplo es buena prueba de hasta qué punto las nuevas condiciones del capitalismo global, del deporte hiperespectacularizado y principalmente televisivo, se transforman en gramáticas de producción: Ronaldo es un héroe televisivo y televisable, pero en tanto mercancía —porque ese es su primer registro— se ve sujeto a las leyes económicas antes que a las deportivas. Su fracaso mundialista a la vez que las exigencias comerciales de Nike apuntan en esa dirección.⁶⁹

Por el contrario, en la Argentina se produce una colisión de discursos: un neoconservadurismo político y económico hegemónico que proclama el ingreso argentino al Primer Mundo, coexiste diariamente con la experiencia cotidiana, entre las clases populares y también en las clases medias, del deterioro agudo de las condiciones de vida, de la pauperización, de la ineficacia para incorporarse exitosamente a un mercado global, del que se reciben sus perjuicios —depreciación del valor de las mercaderías, desocupación como fenómeno mundializado, narcotráfico— pero no sus beneficios. Para colmo, bienes tradicionales como el fútbol —como saldo exportable, pero a la vez como capital simbólico— ocupan un lugar periférico del mercado.

El fútbol argentino no puede gestar nuevos héroes globales: y sin héroes que lo soporten, no hay relato épico posible. Siguiendo a Archetti: “En esta dirección, una identidad nacional fue fuertemente dependiente del rol jugado por individuos excepcionales. Si un estilo depende demasiado de ciertos héroes, que son a la vez seres humanos, (...) la identidad es entonces

⁶⁹ Ronaldo llega al Mundial 98 como heredero del trono maradoniano: se va envuelto en un fracaso estrepitoso, sin rendir en ningún partido, ni de acuerdo a sus antecedentes ni mucho menos de acuerdo a las expectativas massmediáticas. Para colmo, el incidente de la final (enfermo y lesionado, fue excluido del equipo titular para reaparecer, según los rumores, por presiones de Nike, su sponsor exclusivo) lo ubicó definitivamente en un marco puramente mercantil, donde ningún héroe puede narrar su épica.

transformada en algo efímero y problemático (Archetti, 1996: 217-218). Así, el vacío post-Maradona es demasiado grande. Lo que predominan, en consecuencia, son intentos de épicas pequeñas, domésticas, de alcance latinoamericano, que —por la exacerbación de un nacionalismo de vuelo bajo, desprovisto del tinte antiimperialista que reponía, por ejemplo, el clásico enfrentamiento con Inglaterra—generan chauvinismos, racismos refugiados en la mítica unidad étnica argentina frente a la polietnicidad latinoamericana, paranoias massmediáticas que suponen, en cada derrota, complots planetarios.⁷⁰ La explosión industrial de las telecomunicaciones globales y del espectáculo deportivo como mayor fenómeno de audiencias encuentra a la Argentina en condiciones de debilidad para imponer “naturalmente” sus actores, por lo que los discursos massmediáticos deben fabricarlos, desplazar las estrategias estrictamente deportivas por las de marketing —como señalara respecto de Ronaldo—. El caso del jugador Ariel Ortega es, en ese sentido, paradigmático: se lo celebra como un nuevo Maradona, se le concede la camiseta número 10 en el equipo nacional, se promociona su venta a España e Italia (a equipos de segundo nivel) como prueba de la continuidad del relato, se remarca el juego brusco al que es sometido por las defensas contrarias (la prueba de todo héroe). Y se destaca su extracción de clase: proveniente de las clases pobres del interior de la Argentina, Ortega (llamado Orteguita, es decir, un *pibe*, un nuevo niño que transgreda el

⁷⁰ El mismo Maradona reponía estos significados en una escena global, significados que sus declaraciones tenían, además, de un vago contenido antiimperialista medido más por su eficacia interpeladora que por su integración real. Las manifestaciones en su apoyo en Bangladesh, por ejemplo, tras la exclusión del Mundial 94, se realizaban en esos términos. Pero el mismo Maradona, representando en sí mismo la saga que alejó a la Argentina del Tercer Mundo, cedió finalmente al patriotismo *latinoamericanofóbico*. Hoy tenemos, entonces, las apelaciones despectivas de los relatores televisivos, o una célebre tapa del diario deportivo *Olé*: “Que se vengan los macacos”, titula ante la posibilidad de una final contra Brasil en los Juegos Olímpicos de 1996.

Respecto de las tramas conspirativas, ver nuevamente Jameson, 1988.

mundo adulto hiper-profesionalizado con su desparpajo)⁷¹ aparece como el último representante de la clásica procedencia de los jugadores argentinos. Sin origen humilde, reza el mito, no hay épica del ascenso social. Y hoy el hiperprofesionalismo del deporte global expulsa a las clases populares argentinas, sometidas a condiciones deplorables de nutrición y escolaridad en la niñez, de la práctica de alto rendimiento. Construcción massmediática y marketinera, Ortega, como Ronaldo, no puede superar la prueba, y constituye otro fracaso mundialista. El héroe deportivo, lenta construcción de un imaginario a través de los relatos orales y massmediáticos y de la experiencia directa de los cultores y espectadores, se transforma pura y llanamente en efecto de un discurso periodístico. En mercancía generada por imposición y necesidad del mercado del *entertainment*.

Un mapa de la complejidad: la crisis de las identidades futbolísticas

La crisis de representación que describíamos no se limita a la referencia nacional. En este contexto, en los años 90, las representaciones colectivas futbolísticas parecen entrar en crisis, al mismo tiempo que su centralidad, su capacidad interpeladora para los sujetos involucrados, aumenta desmesuradamente.

En primer lugar, las representaciones referidas a las interpelaciones de clase: el fútbol argentino no es, ni es percibido como, un espacio *popular*, en tanto convoca transversalmente, estadística y simbólicamente, a todas las clases, aunque con leve predominio de los sectores

⁷¹ Nuevamente, la referencia es al trabajo de Archetti (1998).

medios y medio-bajos.⁷² Pero la narrativa tradicional del fútbol argentino identificaba como sujetos principales a las clases populares. Si bien esto puede leerse con cierta precisión en cuanto a sus jugadores (que repetidamente construyeron clásicas épicas de ascenso social), es poco posible de afirmar respecto de sus públicos, convocados también entre las clases medias. Hasta aquí, el hecho sociológico: pero, imaginariamente (en su narrativa, en el periodismo, en sus sistemas de representación), el fútbol recortaba públicos populares, proponiendo una sobre-representación de las clases trabajadoras. El fútbol era, en consecuencia, un espacio de afirmación identitaria masculina, pero también de clase, si bien su asignación remitía a la alianza populista establecida por el peronismo antes que a un recorte estrictamente proletario. El fútbol era visto hasta fines de los años 80, desde las instituciones escolares o por los intelectuales, como pura manipulación de sectores culturalmente menos dotados, en la línea interpretativa propuesta por Brohm (1982) o Vinnai (1973), epigonalmente reproducidos en la Argentina por Sebreli (1981, 1998).⁷³

Las causalidades para el cambio en la referencia interpelatoria son variadas. Por un lado, la nueva estructura de clases argentina señala características similares al resto de las sociedades

⁷² Las debilidades estadísticas argentinas nos impiden cuantificar el fenómeno. Nuestra afirmación se basa en dos fuentes: la observación directa en los últimos ocho años, sistematizada en el último lustro en estadios de Capital y Gran Buenos Aires, y el análisis de la prensa deportiva (gráfica, radial y televisiva). La interpelación a los sujetos lectores deja de lado el latiguillo “el más popular de los deportes” para asumir enunciarios plurales. No hay ya lugar para interpelaciones de clase, o para discursos fuertemente marcados por una coloquialidad “arrabalera”, que se pretende “popular” en un sentido fuerte, como la que dominaba la textualidad de Osvaldo Ardizzone o Diego Lucero hasta comienzos de los 80. Los textos pasan a ser dominados por una coloquialidad hegemónica, televisiva, que no designa pertenencias sociales sino una homogeneización mediática.

⁷³ Cfr. también al respecto Alabarces y Rodríguez 1996: 161-177.

occidentales: progresiva desaparición de la clase obrera industrial, crecimiento de la terciarización, aumento exponencial de la desocupación. Este mapa, que vuelve difícil designar una clase obrera *estricto sensu*, permite por el contrario la ampliación de los sectores convocados por la categoría *sectores populares*; pero esta ampliación choca con la debilidad de su definición y con la vaguedad referencial. En el mismo sentido, el crecimiento de una llamada *cultura mediática* (Kellner 1995) desde los años 70 hasta hoy, indica el desplazamiento de las clasificaciones culturales de clase en pos de una ampliación, casi universal, de los sectores involucrados en cualquier clasificación cultural. En esa expansión, el fútbol, mercancía fundamental de la industria cultural, también tiende a ampliar sus límites de representación en un policlasismo creciente.

Pero además, en el mismo movimiento en que los límites se expanden, se producen mecanismos de exclusión. Los regímenes neoconservadores, a la vez que debilitan las tradicionales interpelaciones de clase, producen fuertes fenómenos de exclusión social, donde la expulsión del mercado de trabajo de grandes masas y la pauperización de las clases medias son síntomas clásicos. Así, el fútbol produce una expulsión básicamente económica: los costos de acceso a los estadios (o a los servicios de cable televisivo) dejan afuera a los públicos “tradicionales”, en un proceso de darwinismo impensado pocos años atrás.

En la Argentina, estos mecanismos de exclusión afectan también a la práctica, profesional o amateur: en el primer caso, porque las condiciones de acceso al alto rendimiento deportivo exigen un umbral de alimentación en la niñez que las clases bajas no pueden proveer, lo que ha originado una tendencia de cambio en el origen de los jugadores de primer nivel (hoy, progresivamente originados en las clases medias).⁷⁴ En el segundo caso, de la práctica

⁷⁴ La desaparición de las narrativas del ascenso social que alcanzan su clímax con la saga maradoniana es un buen indicio al respecto. Asimismo, es significativo que durante la “edad clásica” del fútbol argentino los

recreativa, la progresiva desaparición de espacios públicos adecuados y la ausencia de tiempo libre entre los sectores trabajadores (como producto de condiciones laborales propias del capitalismo del siglo XIX) vuelve progresivamente más difícil el juego informal, restringido a sectores con posibilidades económicas y temporales.⁷⁵

A esta crisis (por exclusión) de representación social, se le añade la expansión antes señalada. La cultura futbolística argentina practica un imperialismo simbólico y material; simbólico, en su inflación discursiva, en su captación infinita de públicos, en su construcción de un país futbolizado sin límites;⁷⁶ material, en el crecimiento de su facturación (directa o indirecta, massmediática o de merchandising) y en el aumento de los capitales involucrados (desde la compra-venta de jugadores hasta las inversiones publicitarias y televisivas). Inclusive, la ficción televisiva, donde la cultura futbolística aparecía como una marca naturalizada de la competencia de todo actor popular pero sin transformarse en eje argumentativo, se apropia del fútbol. Desde la lejana aparición de Maradona en un “bolo” en “La banda del Golden Rocket” en 1994, se llega a dos programas cuyo eje excluyente es el fútbol: “R.R.D.T.”, producido por

jugadores que provenían de estratos sociales medio-altos aparecieran como términos marcados (el caso de Diego Latorre, en los 80, descubierto como futbolista en un *country*, es una última señal al respecto). Por el contrario, hoy el origen social medio-alto es incorporado como término normal —por ejemplo, que el arquero de una selección juvenil fuera el hijo del rector de una sede de la Universidad Tecnológica Nacional— mientras que la humildad de la familia del jugador Riquelme es sistemáticamente destacada. La marcación parece haberse invertido.

⁷⁵ Una encuesta del año 1997 señala que el juego informal desaparece entre las clases populares a medida que se avanza en edad, mientras que se mantiene entre las clases medias.

⁷⁶ El signo más claro de esta expansión es la futbolización de la pantalla televisiva: los centenares de horas, de cable o aire, de programación deportiva, y el hecho de que los diez programas más vistos de la televisión argentina en 1998 fueron transmisiones deportivas.

Adrián Suar entre 1997 y 1998 y cuyo protagonista es un director técnico,⁷⁷ y “Cada día te quiero más”, una producción de Canal 13 donde toda la narración —encuentros y desencuentros sentimentales— gira en torno del fútbol, sus incidentes y sus afiliaciones.⁷⁸

A este proceso de ocupación de espacios, se suma el constante intercambio de jugadores, desde los equipos chicos a los llamados “grandes”, y desde éstos hacia el fútbol europeo o los “nuevos mercados” (especialmente México y Japón). La continuidad tradicional de un jugador en un mismo equipo durante un lapso prolongado de tiempo ha desaparecido: al poco tiempo de su aparición, es vendido a un comprador que asegure beneficios para todas las partes —excepto los hinchas.⁷⁹ En la etapa clásica del fútbol argentino, los ejes fuertes de la identidad de un equipo eran los espacios (los estadios), los colores y sus jugadores-símbolo; hoy, por los cambios constantes en la sponsorización de las camisetas, que alteran sus diseños, y por los flujos incesantes de las ventas de jugadores, el establecimiento de lazos de identidad a partir de estos ejes se ve profundamente debilitado. Los jugadores, asimismo, se ven fuertemente atravesados por la lógica espectacular: son nuevos miembros del *jet-set* local, inundan las

⁷⁷ Que las narrativas futbolísticas se desplacen del jugador —la épica del crack— al entrenador puede leerse como un índice de una sociedad de flujos de discursos, donde la práctica es reemplazada por la teorización de la práctica. El paso siguiente es la aparición del periodista deportivo.

⁷⁸ El mismo título del programa remite a un verso de una canción futbolística, central en las auto-interpretaciones “pasionales” de las hinchadas: “cada día te quiero más/es un sentimiento/no lo puedo parar”.

⁷⁹ En el programa “Gasoleros” puede verse la aparición, por primera vez en la ficción televisiva, de un empresario de jugadores. Pero esta función no aparece escarnecida, como lo era en el film *El crack*, antes analizado; funciona como un “rebusque”, como una posibilidad económica legítima para las clases medias pauperizadas. El neo-empresario que encarna Alejo (Nicolás Cabré) es en realidad un embaucador, pero en tanto corona su intervención con éxito relativo pasa a ser legitimado en el universo de la serie. Postulación de la

pantallas, los avisos publicitarios; se transforman en símbolos eróticos, se ven sujetos al asalto sexual. La relación del jugador con el hincha alcanza su máxima distancia.

Consecuentemente, las hinchadas se perciben a sí mismas como el único custodio de la identidad; como el único actor sin producción de plusvalía económica, aunque con una amplia producción de plusvalía simbólica; frente a la maximización del beneficio monetario, las hinchadas sólo pueden proponer la defensa de su beneficio de significados, puro exceso simbólico. La continuidad de los repertorios que garantizan la identidad de un equipo aparece depositada en los hinchas, los únicos fieles “a los colores”, frente a jugadores “traidores”, a dirigentes guiados por el interés económico personal, a empresarios televisivos ocupados en maximizar la ganancia, a periodistas corruptos involucrados en negocios de transferencias. Las hinchadas desarrollan, en consecuencia, una autopercepción que agiganta sus obligaciones militantes: la asistencia al estadio no es únicamente el cumplimiento de un rito semanal, sino un doble juego, pragmático y simbólico. Por un lado, por la persistencia del mandato mítico: la asistencia al estadio implica una participación mágica que incide en el resultado. Por el otro: la continuidad de una identidad depende, exclusivamente, de ese incesante concurrir al templo donde se renueva el contrato simbólico.⁸⁰

narración que choca, por el contrario, con una cultura de los hinchas que condena al empresario como clímax de la mercantilización y la expropiación de un fenómeno “popular” y pasional.

⁸⁰ Las afirmaciones sobre percepciones de los hinchas y la construcción de un imaginario tribalizado (que analizo a continuación) se basan en las más de 300 entrevistas realizadas a hinchas “militantes” entre 1996 y 1998, realizadas en Buenos Aires aunque con presencia de informantes del interior del país. En estas entrevistas se interrogó sobre un campo bastante amplio de temáticas que construyen lo que llamamos una *cultura futbolística*, incluyendo entre ellas la relación entablada con la selección nacional. Las primeras encuestas, tomadas en 1996, permitieron una primera serie de hipótesis respecto de las representaciones

Fútbol tribal

Estos procesos no desembocan en la re-afirmación de las grandes identidades futbolísticas tradicionales. Ratifican, por el contrario, la fragmentación posmoderna. Hoy puede verse un proceso de tribalización (Maffesoli, 1990), en un doble sentido: respecto de un *otro* radicalmente negativizado, y en el interior de las mismas hinchadas.

Primero: las oposiciones locales —enfrentamientos entre equipos rivales clásicos, el eje de oposición Buenos Aires-provincias, las rivalidades barriales en el interior de una misma ciudad— se radicalizan hasta configurar identidades primarias y casi esencializadas. A diferencia del mapa europeo, basado principalmente en las oposiciones regionales, los procesos de antagonización (las maneras como se estructuran las diferentes rivalidades) son muy variados. Romero (1994) señala que, prescindiendo del enfrentamiento nacional (entre selecciones), pueden hallarse cuatro modos de articulación de la rivalidad:

a. Regional: entre equipos de distintas ciudades, regiones o comunidades, dentro de un Estado-Nación. Es el caso de madrileños y vascos o catalanes, en España. La articulación de identidades regionales es tan poderosa que lleva a investigadores italianos, por ejemplo, a afirmar que el seleccionado nacional es una fuente de identificación sólo para las audiencias televisivas o para los migrantes (De Biasi y Lanfranchi, 1997: 104).

b. Intraciudad: entre equipos de una misma ciudad, con una historia de representación dicotómica (usualmente, ricos vs pobres). Por ejemplo, Nacional-Peñarol en Montevideo.

nacionales que recogimos en Alabarces y Rodríguez, 1997. Las entrevistas posteriores nos permitieron ampliar estas hipótesis y en la mayoría de los casos confirmarlas.

c. *Interbarrial*: en este caso, se trata de equipos que, dentro de una ciudad, no representan un nivel dicotómico de referencia simbólica, sino que señalan la pertenencia a un territorio definido como barrial. Es el caso típico de Buenos Aires, donde la existencia de una enorme cantidad de equipos en la ciudad conlleva oposiciones entre territorios menores. La representación de la comunidad desaparece para dar paso a la micro-comunidad, el barrio. Pero en los últimos años, la categoría “barrio” se recubre de fuerte capacidad interpeladora. El espacio físico, generalmente vago e impreciso, deviene un *lugar*, es decir, espacio con significado (Carter *et al.*, 1993; de Certeau, 1996).

d. Por último, un caso absolutamente excepcional es el antagonismo intrabarrial: Romero lo ve ejemplificado en River-Boca, ambos originarios de un mismo barrio en la ribera del Río de la Plata. Sin embargo, la representación de ambos equipos excede con mucho esa referencia (son los equipos “nacionales”, en el sentido de que interpelan sujetos de otras comunidades regionales fuera de Buenos Aires). A pesar de mi diferencia con el ejemplo, la idea de que el fútbol argentino se caracteriza por una progresiva y microscópica fragmentación de los espacios representados es válida.

Sin embargo, discrepo con Romero en cuanto a que, a medida que se achica el espacio de representación, se pierde representatividad. Por el contrario: el territorio, cuanto más segmentado y atomizado, se vuelve más cálido, adquiere mayor capacidad para interpelar sujetos. Al mismo tiempo, como efecto contrario, las posibilidades de trascender ese espacio fragmentado y esencializado hasta dimensiones mayores (por ejemplo, la referencia nacional) se vuelven más dificultosas: esa maximización del fragmento coloca la totalidad lejos del alcance de los actores.

Y **segundo**: en el interior de las hinchadas se produce un fenómeno de segmentación novedosa, la construcción de grupos particulares identificados con nombres propios y organizados, con reparto de roles y funciones, con banderas propias, a partir de ejes identificatorios diversos, generalmente barriales, aunque en otros casos por razones más aleatorias.⁸¹ Esta hipersegmentación fractura las formas de soporte de la identidad, diseminándola en fragmentos en algunos casos irreconciliables.⁸² Este fenómeno es similar a los de la cultura del rock, donde este proceso tiene más años de desarrollo. Más: puede sostenerse la hipótesis de que se ha producido una transferencia de prácticas de la cultura del rock hacia la del fútbol, a partir de las fuertes relaciones entre ambos universos culturales y de la superposición de sujetos practicantes: los jóvenes de las clases populares.⁸³

En este camino, el crecimiento de los públicos femeninos, principalmente jóvenes, agrega en torno de nuestra argumentación. Como señalamos más arriba, el imperialismo expansivo de la cultura futbolística parece capturar todo el orden de lo simbólico. También, el orden del género: si el fútbol funcionaba como el espacio *par excellence* de la formación de un imaginario masculino, hoy las mujeres jóvenes acuden en una cantidad creciente a los estadios, desarrollando inclusive formas fuertes de militancia futbolística.⁸⁴ Pero la incorporación de la

⁸¹ En el caso del club Racing, una de las tribus se llama *Racing Stones*, unidos a partir de su predilección por la banda de rock Rolling Stones. Otra se denomina *La 95*, simplemente porque, procedentes del norte de la ciudad de Buenos Aires, se desplazan hacia el estadio de Racing con el bus número 95.

⁸² Este nuevo fenómeno sólo ha sido observado, hasta ahora, por el periodismo: cfr. De Biase 1997.

⁸³ Alabarces y Rodríguez, 1996: 61-74.

⁸⁴ Nuevamente: es virtualmente imposible producir una estadística de la afluencia del público femenino. Los socios (y las socias) no pagan entrada, por lo que su ingreso al estadio es imposible de discriminar, y las entradas con descuento para las mujeres son similares a las de los jubilados, lo que entorpece la muestra. La

mujer no significa la constitución de universos autónomos de lo masculino, antes bien, la ratificación del machismo futbolístico. Las hinchas mujeres son habladas por el lenguaje masculino, son incorporadas por sus códigos, son atravesadas por sus prácticas, sin posibilidades de construcción de un espacio autónomo —tanto por la fuerza de la tradición masculina como por la debilidad de las tradiciones feministas argentinas—. ⁸⁵ Inclusive, la protección de las hinchas mujeres en los estadios por parte de los hombres ratifica los dogmas del machismo: las jóvenes son custodiadas por sus “hermanos” (o sus novios). Pero además, el proceso de tribalización descripto facilita la incorporación, en tanto las mujeres se incorporan a colectivos menores, donde los ritos de entrada son débiles. Y son similares, además, a los de la cultura del rock, donde este proceso doble (de tribalización y de incorporación femenina) tiene más años de desarrollo.

f fuente de estas afirmaciones es la observación directa y nuestras entrevistas, que incorporaron mujeres militantes como sujeto posible y deseable.

⁸⁵ Puede verse Rodríguez *et al.*, 1998.

V. CONCLUSIONES: ¿LA VIDA POR BATISTUTA?

Como quisimos argumentar, el nacionalismo futbolístico contemporáneo se soporta en discursos parciales y segmentados, tribalizados y mutuamente excluyentes, donde la totalidad del relato unificador está ausente. Porque es fuertemente dependiente del Estado, el discurso unitario de la nacionalidad se ausenta, en el mismo movimiento en que el Estado neoconservador se ausenta de la vida cotidiana. Mi argumentación aquí es necesariamente política: estos procesos se producen en el fútbol porque se han verificado con virulencia en la sociedad. Como señalan Calderón y Szmukler (1997), asistimos a la ruptura de los procesos de integración social de las sociedades dependientes, fundamentalmente por el doble juego de la multiplicación de las desigualdades —que erosiona el sentido de pertenencia y las identidades sociales— y el relevo de las funciones estatales por parte del mercado, que sin embargo no se plantea la inclusión de ciudadanos, sino exclusivamente de consumidores:

“El rol preponderante que viene cumpliendo el mercado debilita aún más los mecanismos de representación política y social de las demandas de los ciudadanos que al mismo tiempo se retrotraen cada vez con más fuerza al ámbito privado, alejándose de las organizaciones sociales politizadas u orientadas a la actividad partidaria, al mismo tiempo que aumenta la importancia de su rol en tanto consumidores, al menos en el plano simbólico, en desmedro de su papel de ciudadanos” (*idem*: 77).

En el camino recorrido hasta aquí, en esa historia de los modos de construcción de las narrativas nacionales en relación con el fútbol, intentamos señalar la complejidad de los mecanismos narrativos, y a la vez de sus operadores. Pero siempre uno de ellos sobresale: aún en un momento donde la acción de los intelectuales “populares”, los periodistas de las primeras décadas del siglo, parece más autónoma de las acciones estatales, postulamos que su construcción narrativa es fuertemente deudora de esas acciones, fundamentalmente de las escolares. Como argumentamos, las narrativas periodísticas que fundan el mito de un estilo criollo son isotópicas, complementarias, de los relatos “gauchistas” lugonianos, que funcionan instaurando un campo de posibilidades del discurso, un campo legítimo y oficial. Durante el peronismo, momento que definimos como clímax de estas operaciones, ese peso del Estado como operador fundamental de la narrativa nacionalista es desbordante, aún en la pluralidad de voces y argumentos que las ficciones analizadas nos permitían leer. Y en todos los casos, la idea de construir una Nación que incluye antes que expulsa (aún en la contradicción política de la expulsión del *indeseable* –inmigrante o “antipatria”—, porque lo que se busca incluir es mayor que aquello que se busca expulsar) es el principio constructivo. La fragmentación posmoderna y el retiro del Estado, por el contrario, parece revertir esos mecanismos.

Dice Hobsbawm (1991) que el nacionalismo de fin de siglo es divisivo, “fragmentarista”; si el nacionalismo de la modernidad tendió a aglutinar sujetos, éste tiende a desmembrarlos. No se trata aquí de nacionalismos en sentido estricto, sino de tribalismos contruidos en el interior de un conjunto que no se percibe como tal, porque no hay, insisto, quien lo reponga. Se trata más bien de *comunidades interpretativas de consumidores*, como las califica García Canclini (1994).

Canclini extiende la idea de la desaparición de las identidades modernas: si en algún momento las identidades se definieron “por esencias ahistóricas, ahora se configuran más bien en el consumo, dependen de lo que uno posee o es capaz de llegar a apropiarse” (*idem*, 14). La

radicalidad de este movimiento, en el que Canclini parece discutir con los esencialismos neopopulistas y los fundamentalismos, lo lleva a proponer la idea de las identidades “posmodernas” como *transterritoriales y multilingüísticas* (*idem*: 30), identidades globalizadas y estalladas frente a las viejas interpelaciones monoidentitarias. Finalmente, esta multifragmentación implica una atomización tribal, como argumenta discutiendo con Lechner:

Lechner habla de un “deseo de comunidad” que cree encontrar como reacción al descreimiento suscitado por las promesas del mercado de generar cohesión social. Cabe preguntarse a qué comunidad se está refiriendo. La historia reciente de América Latina sugiere que, si existe algo así como un deseo de comunidad, se deposita cada vez menos en entidades macrosociales como la nación o la clase, y en cambio se dirige a grupos religiosos, conglomerados deportivos, solidaridades generacionales y aficiones massmediáticas. Un rasgo común de estas “comunidades” atomizadas es que se nuclean en torno a consumos simbólicos más que en relación con procesos productivos. (...) Las sociedades civiles se manifiestan más bien como *comunidades interpretativas de consumidores*, es decir, conjuntos de personas que comparten gustos y pactos de lectura respecto de ciertos bienes (gastronómicos, deportivos, musicales) que les dan identidades compartidas (*idem*: 195-196).

Pero aquí también la teoría significa un repliegue: como señala Varela, el concepto de comunidad interpretativa es una categoría que produce sujetos infinitamente fragmentados, a pesar de que originalmente era el concepto que permitía superar la atomización *ad-infinitum* de las subjetividades lectoras (Varela, 1999). El tribalismo describe el retorno a la atomización, a la celebración de los fragmentos. Y si la Nación cede lugar a la tribu, los símbolos y las narrativas de la nacionalidad deben constituirse en nuevos formatos.

Por eso es que, como símbolo de los tiempos, el emblema de unidad nacional debe ser repuesto por la industria cultural. Durante el reciente Mundial de Francia, esta tensión entre “comunidad interpretativa tribal” y “comunidad imaginada nacional” se exhibió en toda su plenitud, y fueron los medios de comunicación los que trataron de soldar la fisura. Por exceso industrial: si este Mundial fue el más atravesado por la lógica de construcción y acumulación económica de la industria cultural,⁸⁶ la escena argentina no escapó a ese desborde, constituyendo una de las mayores delegaciones periodísticas del mundo y ofreciendo un escenario saturado de fútbol.⁸⁷ Si la apuesta fue que esa saturación encontraría un mercado en disponibilidad, los resultados fueron muy pobres.⁸⁸ Por otro lado, la narración massmediática, que se proponía como espacio de representación de lo nacional, ofreció sus gramáticas habituales: sobrerrepresentación de las clases medias urbanas y porteñas, en desmedro de cualquier otro sector de la población, practicando los etnocentrismos clásicos de los discursos

⁸⁶ Esta lógica procede por acumulación y crecimiento casi demográfico. Las cifras de audiencia y facturación de cada Mundial sistemáticamente superan al anterior, y este fenómeno parece acentuarse hacia el futuro. *Olé* informa que el Mundial de Francia dejó una ganancia de 535 millones de dólares, previéndose una de 1.200 millones en el 2002 (*Olé*, Buenos Aires, 30 de julio de 1999: 20).

⁸⁷ Concurrieron 754 personas integrando la “delegación periodística” argentina (entre periodistas y personal técnico). Fuente: *Noticias*, XXI, 1119, Buenos Aires, 6/6/98: 116-117. También: revista *Viva*, “Un negocio redondo”, Buenos Aires, 31/5/98: 20-34.

⁸⁸ Todos los datos aseguran que las pérdidas fueron millonarias, especialmente por parte de las televisoras. En el momento en que, como decimos arriba, la multiplicación de la facturación massmediática sigue un ascenso geométrico, la inversión televisiva argentina en el Mundial de Francia da pérdidas. No se trata de realismo mágico, sino del conflicto entre un espacio representado y un consumidor real que no asumió las pautas propuestas.

espectaculares argentinos.⁸⁹ Algo de esto puede hipotetizarse como causalidad en un comportamiento final: los hinchas que manifestaban por el triunfo contra Inglaterra comenzaron los actos de violencia en torno al Obelisco atacando los camiones de exteriores de las televisoras.⁹⁰

¿Puede hablarse de un *pasaje de eficacia* del Estado a los medios? O mejor: si las narrativas nacionales se construyeron sobre varios ejes, soportes y actores, en un régimen plural que contó con la acción y la omisión de mecanismos múltiples (instituciones estatales y paraestatales, la escuela y el cine, el periodista y el intelectual orgánico del Estado); hoy encontraríamos que esa pluralidad se reduce, se adelgaza, hasta dejar un único operador, un único constructor de una simbólica de nacionalidad: los medios de comunicación. Contra toda una retórica del optimismo massmediático, no creemos que, entre su saldo, pueda hablarse de una mayor democratización de la discursividad nacionalista.

Sí puede asegurarse, en cambio, que los medios reponen simultáneamente una identidad tribal y otra nacional: martillean sobre la segmentación de los mercados, excluyen todo sujeto que no pueda catalogarse como consumidor (simbólico, pero en el mismo gesto necesitan construir consumidores materiales, porque la lógica industrial no supone la existencia del placer sino por su satisfacción en términos de bienes económicos), y al mismo tiempo reponen un discurso cálido que señala la —vieja— Nación como continente. Vieja Nación, pero con nuevas narrativas, porque hoy se ligan únicamente al consumo: las papas fritas de Juan

⁸⁹ Si durante cuarenta y cinco días todas las publicidades parecieron futbolizarse, los actores representados se limitaron a clásicos morfotipos de las clases medias porteñas. “La familia de Martita”, una familia-tipo utilizado como eje de los avances de Canal 13, es un buen ejemplo de esto.

⁹⁰ Ni esta afirmación ni la anterior deben leerse en términos de una autonomía de los receptores que los lleva a proponer comportamientos alternativos contra la hegemonía massmediática. Sí señalan la asimetría entre ambos, asimetría que permite la instalación de sentidos divergentes.

Sebastián Verón, los nuevos diseños de la camiseta argentina, algún “sponsor exclusivo de la selección argentina”. Nuevamente, no hablamos —sólo— de fútbol: la aparición de “la Sole”, la cantante Soledad Pastorutti, indica este mismo mecanismo, que es el mismo porque tiende además a combinarse.⁹¹ Si la gestualidad de Soledad es futbolera, poncho al viento, remedando las hinchadas que agitan sus remeras y banderas, su performance vocal también lo es: los gritos de Soledad, el repertorio fácil, la ausencia de matices, reproducen las pautas de la musicalidad “tribunera”. Sintéticamente, como ya señalamos, la futbolización de nuestra cultura y de nuestra vida cotidiana implica, provisoriamente, que ningún enunciado es posible fuera de la gramática futbolística. Ni la política, que ya no depende sólo de metáforas (“la camiseta

⁹¹ La mayor confluencia en este sentido pudo verse en la adopción que Canal 13 hizo de Soledad Pastorutti como figura oficial en la presentación publicitaria del Mundial. Si bien la adopción de una figura de prestigio es un mecanismo clásico de la publicidad, comercial o institucional, en este caso los significados se multiplicaban: una figura-joven-femenina-identificada con lo *telúrico* (lo folklórico) presentando un acontecimiento cuyos protagonistas son figuras-jóvenes-masculinas-que representan a la patria. Entre tanta asociación (donde *figuras jóvenes* es pura redundancia, pero *folklórico-patriótico* remite al resurgir de los esencialismos neo-románticos), la discordancia *masculino-femenino* señala la ampliación universal de los públicos. Como remate, Soledad se envolvía en ponchos y banderas argentinas para celebrar un seleccionado de fútbol, rodeada de las estrofas inspiradas de César Isella, hablando de la tierra “del tango y la chacarera/ Cortázar y Maradona/ de pampas y cordilleras”, como rezaba la canción “La fiesta de todo el mundo” que Soledad entonaba durante el clip. La canción fue encargada por Sony, que ganó una licitación para presentar un “tema oficial”; tema que fue confiado a su artista más exitosa y a su letrista exclusivo. *El Gráfico* presenta estos datos, junto con la letra completa del tema, en un número publicado días antes del Mundial, cuya tapa ostenta a Verón y Simeone, jugadores argentinos, junto a Soledad, vestida con una camiseta de la Selección y revoleando el poncho. La bajada afirma: “Un símbolo: el optimismo de Simeone y Verón, el aliento y la esperanza de Soledad”, para rematar en el título de tapa: “El pueblo está con ellos” (*El Gráfico*, 4102, Buenos Aires, 19/5/98).

peronista”) sino que reproduce el *muchachismo*, la televisibilidad, el *barrabravismo*, la retórica del *aguante*.⁹²

Pero en esta reposición de lo nacional, como dijimos, reposición tensionada y contradictoria, los medios no describen un existente: no señalan la perduración de un discurso, sino justamente su ausencia. Los medios describen una instancia imaginaria, el *deseo de nación*, no su exceso. Y sujetos a una única lógica, la de la maximización de la ganancia, porque toda otra lógica necesita de una acción estatal que está también ausente, no pueden suplir esa ausencia fuera de la gestualidad fácil y mercantizable de las narrativas cálidas, gritonas. El fútbol reúne, en este cuadro, varias condiciones fundamentales: su historia —como quisimos argumentar, su vinculación con una fundación nacional—; su epicidad, su dramaticidad; su calidez, su desborde. Así se transforma en la mejor mercancía de la industria cultural.

En realidad, y esto quisimos argumentar, *el fútbol no es una máquina cultural posmoderna; esa máquina es la televisión*. Y el fútbol es sólo uno de sus géneros, aunque sea el más exitoso.

Abandonados de la mano de Dios y del Estado, fuertemente deudores de una tradición de construcción nacionalista inclusiva, expuestos a mecanismos expulsivos que consagran un creciente panorama de injusticia, buena parte de los argentinos persisten refugiados en

⁹² Nuevamente el Mundial 1998: las publicidades de la cerveza Quilmes cabalgaron sobre dos significados centrales, la bandera y la pasión. El primero aprovechaba una *casualidad* cromática: el uso del celeste y blanco en la marca. Pero lo multiplicaba hasta la exasperación. El segundo, en cambio (“gol, gol, gol, en tu cabeza hay un gol”; “el fútbol no se piensa: se siente”) redundaba sobre lo que caracterizamos como *futbolización* de la sociedad: el fútbol es la única (la última) posibilidad del pensamiento.

comunidades tribales –fútbolísticas, pero también etáreas o localistas—, donde la construcción de un discurso unitario es poco menos que imposible. Cuando los medios –es decir, el mecanismo más visible del mercado— intentan reponer el viejo mecanismo inclusivo unificador del fútbol –por su facilidad, su calidez, su televisividad—, reproducen el mapa de la exclusión y la discriminación; señalan que sus consumidores –segregados del mercado económico real— no construyen ciudadanía; revelan su incapacidad de reproducir mitologías que no pueden construirse sin anclaje en lo cotidiano y lo real (el héroe deportivo, la epicidad fútbolística). Detrás de la cháchara chauvinista, muestran la enorme ausencia de proyectos comunes. Las respuestas no son fútbolísticas; son, como siempre, inevitablemente políticas.

VI. BIBLIOGRAFÍA:

- Alabarces, Pablo (1993): *Entre gatos y violadores. El rock nacional en la cultura argentina*, Buenos Aires, Colihue.
- Alabarces, Pablo (1996): "Maradona revisitado", en Alabarces, P. y Rodríguez, M. G.: *Cuestión de Pelotas...*: 53-57
- Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (1996): *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura*, Atuel, Buenos Aires.
- Alabarces, P. y Rodríguez, M. G. (1997): "Fútbol y Patria: la representación de lo nacional en el fútbol argentino" ponencia ante el XVIII Annual Meeting of the NASSS (North American Society for the Sociology of Sport). Toronto, Canadá, noviembre de 1997.
- Alabarces, P.; Di Giano, R. y Frydenberg, J. (1998) (eds.): *Deporte y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba.
- Alabarces, P.; Coelho, R. y Sanguinetti, J. (1999a): "Treacheries and traditons: the epic of the poor and the administration of the legitim style in the story of Estudiantes of La Plata", en Armstrong, G. and Giulianotti, R.: *Fears and Loathings in World Football*, London, MacMillan, en prensa.
- Alabarces, Pablo; Taylor, Chris y Tomlinson, Alan (1999b): "National Narratives: England-Argentina", en preparación.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1982): *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL.
- Anderson, B. (1993): *Comunidades imaginadas*, FCE, Méjico.
- Anderson, Perry (1991): "Nation-States and National Identity", on Fernand Braudel's *The Identity of France. Vol II: People and Production*, en *London Review of Books*, 9/5/1991, 3-8.

- Arbena, J. (1996): "Nationalism and Sport in Latin America, 1850-1990: The Paradox of Promoting and Performing 'European' Sports", en MacClancy, Jerome (1996-ed.): *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford, Berg.
- Archetti, Eduardo (1985): *Fútbol y ethos*, Buenos Aires, FLACSO, Serie Investigaciones.
- Archetti, Eduardo (1992): "Calcio: un rituale di violenza?", en Lanfranchi, Pierre (editor): *Il calcio e il suo pubblico*, Edizione Scientifiche Italiane, Napoles.
- Archetti, Eduardo (1994a): "Argentina and the World Cup: in search of national identity", en Sugden, John y Tomlinson, Alan (eds.) (1994): *Hosts and Champions. Soccer Cultures, National Identities and the USA World Cup*, Arena-Ashgate, Aldershot-Vermont: 37-64.
- Archetti, Eduardo (1994b): "Masculinity and Football: The Formation of National Identity in Argentina", en Giulianotti, Richard y Williams, J. (eds.) (1994): *Game without Frontiers: Football, Identity and Modernity*, Aldershot, Hampshire: Arena.
- Archetti, Eduardo (1995): "Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino", en *Desarrollo económico*, vol.35, n° 139, Buenos Aires, IDES, octubre-diciembre.
- Archetti, Eduardo (1996): "In Search of National Identity. Argentinean Football and Europe", en MacClancy, Jerome (1996-ed.): *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford, Berg.
- Archetti, Eduardo (1997): "'And Give Joy to my Heart': Ideology and Emotions in the Argentinean Cult of Maradona", en Armstrong, G. and Giulianotti, R. (eds.): *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, New York, Berg.
- Archetti, Eduardo (1998): "El potrero y el pibe: Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino", en *Nueva Sociedad*, nro. 154, Caracas, marzo-abril.
- Archetti, Eduardo (1999): *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, London, Berg.
- Archetti, Eduardo y Romero, Amílcar (1994): "Death and violence in Argentinian football", en Giulianotti, Richard, Bonney, Norman, Hepworth, Mike (eds.): *Football, Violence and Social Identity*, London-New York, Routledge.

- Armstrong, Gary and Giulianotti, Richard (1997): "Introduction: Reclaiming the Game – An Introduction to the Anthropology of Football", en *Entering the field. New Perspectives on World Football*, London, Berg.
- Auerbach, Eric (1975): *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1975 (ed. original: 1942).
- Balibar, Etienne (1991): "La forma nación: historia e ideología", en Balibar, Etienne y Wallerstein, Immanuel (1991): *Raza, Nación y Clase*, Madrid, IEPALA: 135-168.
- Bayer, Osvaldo (1990): *Fútbol Argentino*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Bourdieu, Pierre (1994): "Deporte y clase social", en AA.VV. (1994): *Materiales de sociología del deporte*, Madrid, Genealogía del Poder/23, Ediciones de la Piqueta.
- Bosetti, Oscar (1994): *Radiofonías*, Buenos Aires, Colihue.
- Brohm, Jean-Marie (1982): *Sociología política del deporte*, México, FCE.
- Brunner, José Joaquín (1989): "Medios, modernidad, cultura". En *Telos, Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*. Nº 19, Madrid, Fundesco, Setiembre-Noviembre.
- Calderón, Fernando y Szmukler, Alicia: "La pobreza y las nuevas condiciones de desigualdad social", en *Nueva Sociedad*, 149, Caracas, mayo-junio 1997.
- Carter, Erica; Donald, James and Squires, Judith (1993): "Introduction", en Carter, Erica; Donald, James and Squires, Judith (eds.): *Space & Place. Theories of Identity and Location*, London, Lawrence and Wishart (en asociación con *New Formations*): vii-xv.
- Ciria, Alberto (1983): *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, de la Flor.
- Da Matta, Roberto (1979): *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*, Rio de Janeiro, Zahar.

- Da Matta, Roberto (1987): *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Rio de Janeiro, Guanabara.
- De Biase, P. (1997) 'Hinchada no hay una sola', en *Mística*, Buenos Aires, december 13th: 17-26.
- De Biasi, Rocco y Lanfranchi, Pierre (1997): "The importance of Difference: Football Identities in Italy", en Armstrong, G. and Giulianotti, R. (eds.): *Entering the Field. New Perspectives on World Football*, New York, Berg: 87-104.
- De Certeau, Michel (1996): *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana.
- Di Giano, Roberto (1998): "Avatares de la modernización en el fútbol argentino", en Alabarces *et al.* (ed.), *op.cit.*
- Dini, V. (1991) (ed.): *Te Diegum, Genio, sregolatezza & baccettoni*, Milano, Leonardo.
- Duke, Vic y Crolley, Liz (1996): *Football, Nationality and the State*, Harlow, Longman.
- Dunning, E. (1999): "Soccer Hooliganism as a World Social Problem", mimeo.
- Floria, Carlos y García Belsunce, César (1988): *Historia política de la Argentina Contemporánea 1880-1983*, Buenos Aires, Alianza.
- Fontanarrosa, Roberto (1982): *El área 18*, Buenos Aires, De la Flor.
- Ford, Aníbal (1994): *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Frydenberg, Julio (1991): "La fundación de los clubes de fútbol: ¿fenómeno de la cultura popular?", ponencia ante el Simposio de Cultura y Política, 3ras. Jornadas de Historia, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, setiembre.
- Frydenberg, Julio (1995): "El espacio urbano y el inicio de la práctica masiva del fútbol. Buenos Aires 1900-1920", en *Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires*, 14, Buenos Aires, MCBA.
- Frydenberg, Julio (1997): "Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910", en *Entrepasados. Revista de Historia*, VI, 12, Buenos Aires.
- Frydenberg, Julio (1998): "Redefinición del fútbol aficionado y del fútbol oficial. Buenos Aires, 1912", en Alabarces, P. *et al.* (eds.): *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires, Eudeba.

- García Canclini, N. (1990): *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Méjico, Grijalbo.
- García Canclini, N. (1994): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo.
- Geertz, Clifford (1987): "Juego profundo: la riña de gallos en Bali", en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- Gilbert, Abel y Vitagliano, Miguel (1998): *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Buenos Aires, Norma.
- Giulianotti, Richard, y Williams, John (1994) (eds.): *Game without Frontiers. Football, Identity and Modernity*, Ashgate, Arena.
- Goldstein, Miriam y Varela, Mirta (1990): "Dictadura política, ¿democracia del rock?", en *Cuadernos de la Comuna*, 23, Comuna Gral. San Martín.
- Grimson, Alejandro (1999): *Relatos de la diferencia y la igualdad*, Buenos Aires, Eudeba.
- Guber, R. (1997): "Reflexiones sobre algunos usos nacionales de la Nación", en *Causas y Azares*, N° 5, Buenos Aires.
- Halpern, Gerardo (1998): "Construcción, reivindicación y disputa de la identidad paraguaya. El fútbol, un campo particular", ponencia ante las IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Buenos Aires, IIGG, UBA, noviembre.
- Hernández Arregui, Juan José (1973): *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Hobsbawm, Eric (1983): "Introduction: Inventing Traditions" y "Mass Producing Traditions", en Hobsbawm, E. y Ranger, T.: *The Invention of Tradition*, Londres, Canto.
- Hobsbawm, Eric (1991) *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica.
- Holt, Richard; Mangan, J.A. y Lanfranchi, Pierre (1996, eds.): *European Heroes. Myth, Identity, Sport*, London, Frank Cass.

- Huizinga, Johanes (1931): *Homo ludens*, Londres.
- Jameson, Fredric (1988): "Cognitive Mapping", en Nelson, Cary and Grossberg, Lawrence (eds.): *Marxism and the Interpretation of Culture*, London, MacMillan: 347-360..
- Kellner, D. (1995) 'Theory wars and cultural studies', en *Media Culture*, London, Routledge.
- Lanfranchi, Pietro (1992) (ed.): *Il calcio e il suo pubblico*, Edizione Scientifiche Italiane, Napoles.
- Leite Lopes, Sergio (1997): "Successes and Contradictions in 'Multiracial' Brazilian Football", en Armstrong, Gary and Giulianotti, Richard: *Entering the field. New Perspectives on World Football*, London, Berg.
- Lorenzo, Eduardo (Borocotó) (1929): *Apiladas*, Buenos Aires, Atlántida.
- MacClancy, Jerome (1996-ed.): *Sport, Identity and Ethnicity*, Oxford, Berg.
- Maffesoli, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.
- Mangan, J.A. (1996-ed.): *Tribal Identities. Nationalism, Europe, Sport*, Londres, Frank Cass.
- Martín Barbero, J. (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Gustavo Gili, Barcelona.
- Meyer, Marcos (1999): "Los refugios de la patria", en *Clarín*, Suplemento Cultura y Nación, Buenos Aires, 7/3/99, p.2-3.
- Moragas, Miguel de (1992): *Los juegos de la comunicación*, Madrid, Fundesco.
- Niembro, Fernando y Llinás, J. (1995): *Inocente*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Ortiz, R. (1985): *Cultura brasileira & Identidade nacional*, Brasilense, San Pablo.
- Ortiz, R. (1991): "Lo actual y la modernidad", en *Nueva Sociedad*, Caracas, noviembre-diciembre.

- Payá y Cárdenas (1978): *El primer nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo.
- Prieto, Adolfo (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rein, Raanan (1998): *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Rivera, J. (1985): *El escritor y la industria cultural*, CEAL, Buenos Aires. Reeditado en 1998 por Atuel, Buenos Aires.
- Rodríguez, María G. (1996a): “El fútbol no es la patria (pero se le parece)”, en Alabarces, P. y Rodríguez, M. G.: *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura*, Atuel, Buenos Aires: 37-52.
- Rodríguez, María G. (1996b): “Pan, circo y algo más”, en Alabarces y Rodríguez, *op.cit.*, pp. 131-144.
- Rodríguez, María G. (1998): “Diego, un héroe global en apuros (o la agonía del último dinosaurio)”, en Alabarces *et al.*, *op.cit.*: 185-199.
- Rodríguez, M.; Martínez, A.; Díaz, G. y Conde, M. (1998): “Aliens en territorio prohibido. Una aproximación al estudio de la mujer y el fútbol”, ponencia ante las IV Jornadas de Investigadores de la Cultura, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, noviembre.
- Romano, Eduardo (1973): “La cultura popular del peronismo”, en AA.VV.: *La cultura popular del peronismo*, Buenos Aires, Cimarrón.
- Romano, Eduardo (1991): *Literatura/cine argentinos sobre la(s) frontera(s)*, Buenos Aires, Catálogos.
- Romano, Eduardo (1993) *Voces e imágenes en la ciudad. Aproximaciones a nuestra cultura popular urbana*. Buenos Aires, Colihue.
- Romano, Eduardo (1998): “Cuando los ‘berretines’ emigran del escenario a la pantalla”, en Alabarces *et al.* (1998): *Deporte y sociedad*, *op.cit.*
- Romero, Amílcar (1994): *Las barras bravas y la “contrasociedad deportiva”*, Buenos Aires, CEAL.
- Romero, José Luis (1983): *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Solar-Hachette.

- Sarlo, Beatriz (1998a) "Una comunidad llamada Nación", en *Perfil*, Buenos Aires, 8/7/1998: 3.
- Sarlo, Beatriz (1998b) *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*, Buenos Aires, Ariel.
- Scher, Ariel (1996): *La patria deportista*, Buenos Aires, Planeta.
- Scher, Ariel y Palomino, Héctor (1988): *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, CISEA, Serie Documentos 92.
- Sebreli, Juan José (1981): *Fútbol y masas*, Buenos Aires, Galerna.
- Sebreli, Juan José (1998): *La era del fútbol*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Senén González, S. (1996): "Perón y el deporte", en *Todo es historia*, 345, Buenos Aires, abril.
- Svampa, Maristella y Martucelli, Danilo (1997): *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.
- Sugden, John y Tomlinson, Alan (eds.) (1994): *Hosts and Champions. Soccer Cultures, National Identities and the USA World Cup*, Arena-Ashgate, Aldershot-Vermont.
- Taylor, Chris (1998): *The Beautiful Game. A Journey Through Latin American Football*, London, Victor Gollancz.
- Terán, Oscar (1987): *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Puntosur.
- Terán, Osacr (1991): *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Turner, Alejandro (1998): "25 millones de argentinos. Fútbol y discurso en el Mundial 78", en Alabarces *et al.* (ed.), *op.cit.*
- Varela, M. (1994): *Los hombres ilustres del Billiken. Héroes de los medios y la escuela*, Buenos Aires, Colihue.

- Varela, Mirta (1999): "Las audiencias en los textos. Comunidades interpretativas, forma y cambio", en Grimson, A. y Varela, M.: *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre la televisión*, Buenos Aires, Eudeba: 137-157.
- Vinnai, Gerhard (1973): *Football Mania. The players and the fans; the mass psychology of football*, con una introducción de David Triesman, London, Ocean Books. Ed. original: *Fussballsport als Ideologie*, Frankfurt, Europäische, 1970.
- Vogel, Arno (1982): "O momento feliz. Reflexões sobre o futebol e o ethos nacional", en AA.VV.: *O universo do futebol: esporte e sociedade brasileira*, Río de Janeiro, Pinakothek.
- Williams, Raymond (1982): *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona, Paidós.

FILMS

- Los tres berretines*, de Enrique Sussini, 1933.
- Goal*, de Luis Moglia Barth, 1936.
- El cañonero de Giles*, de Manuel Romero, 1937
- Pelota de trapo*, de Leopoldo Torres Ríos, 1948, con libro de Borocotó.
- Con los mismos colores*, de Carlos Torres Ríos, 1949, con libro de Borocotó.
- Sacachispas*, de Jerry Gómez, 1950, con libro de Borocotó.
- Escuela de campeones*, de Ralph Pappier, 1950, con libro de Homero Manzi y Carlos Orlando.
- En cuerpo y alma*, de Leopoldo Torres Ríos, 1951, con libro de Borocotó.
- El hincha*, de Manuel Romero, 1951, con libro de Enrique Discépolo y Julio Porter.
- El hijo del crack*, de Leopoldo Torres Ríos y Leopoldo Torre Nilsson, 1953, con libro de Rafael García Ibáñez.

- El cura Lorenzo*, de Augusto Vatteone, 1954, con libro de Nora Celso y Francisco Guereño, adaptación de Ernesto Castro.
- El crack*, de José Martínez Suárez, 1960, versión de la pieza de Solly.
- El centroforward murió al amanecer*, de René Mujica, 1961, versión de la pieza de Agustín Cuzzani.
- Pelota de Cuero*, de Armando Bó, 1963, con libro de Borocotó.
- La fiesta de todos*, de Sergio Renán, 1979, con guión de Mario Sábato y Hugo Sofovich.
- Hay unos tipos abajo*, de Emilio Alfaro y Rafael Filipelli, 1985.
- Maradona y el Nápoli*, de Bertrand Bloch, 1986.
- La deuda interna*, de Miguel Pereira, 1987.
- Fútbol argentino*, de Víctor Dimmenzon, 1989.